

Norah Carter
Patrick Norton
Monika Hoff

Si confías en mí

Te espero
todas
las días

DOLCE
BOOKS

Si confias
en mi

Norah Carter
Patrick Norton
Monika Hoff

Título: Si confías en mí.

© 2017 Norah Carter — Patrick

Norton — Monika Hoff

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Febrero, 2017.

©DOLCE BOOKS

dolcebookseditorial@gmail.com

Banco de imagen: ©Shutterstock.

Diseño de portada: China Yanly

Maquetación: China Yanly

Info: chinayanlydesign@gmail.com

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

EPÍLOGO



Si confias
en mi

CAPÍTULO 1

Las flores nunca mueren.

Es un pensamiento que a veces me recuerda que de algún modo siempre hay una razón para creer que en los corazones de los hombres y de las mujeres no debe haber temor a nada.

Un fuego oculto nos mantiene siempre vivos y esperanzados, ese mismo fuego con el que miramos a la vida y, de repente, nos damos cuenta de que las flores nunca mueren.

La primavera siempre vuelve como el resto de las estaciones, pase lo que pase. La historia siempre se repite y la naturaleza sigue su curso. Por esa razón misma, las flores nunca mueren.

Había acudido mucha gente. La tarde gris era un espejo de su semblante. Todos se dieron cita allí por desgracia. Duncan había perdido a su madre. Hace unos años, enterró a su padre y ahora la que había sido toda su ocupación y dedicación estos últimos años había muerto también, en la cama, a su lado.

¿Qué vida le esperaba ahora a aquel hombre? Toda su vida había estado vinculada a esa casa paterna, pues solo él se había encargado

de cuidar de sus padres durante años. Todo el sentido de su existencia había sido refugiarse al lado de sus progenitores, como si no existiese otro mundo que el hecho de velar por la seguridad de aquellos ancianos.

North Berwick es un pueblo pequeño y todos nos conocemos desde siempre. Aún recuerdo algunos momentos de mi infancia al lado de Duncan y, si tuviera que destacar algunos de sus rasgos, diré que era un chico reservado, silencioso, demasiado prudente a la hora de hablar o de intervenir. Pero ese carácter tan introvertido me gustaba particularmente.

Era una forma de diferenciarse del resto de chicos, embrutecidos, siniestros al tramar algunas travesuras y siempre orgullosos de

aquellas frases obscenas que soltaban por la boca. Duncan no era de esa clase de chicos.

Al contrario, su naturaleza era tan diferente que a veces prefería quedarse con las chicas a observarnos cómo jugábamos con nuestras muñecas o al escondite. Esbozaba una tierna sonrisa mientras nosotras pasábamos el rato con nuestras correrías.

Nunca le di demasiada importancia a ese comportamiento, pero es cierto que compañeros de clase y muchos chicos del pueblo tildaron a Duncan de un muchacho demasiado raro y extraño. Y aquellos calificativos contribuyeron a que se distanciara todavía más del resto del mundo. Nunca se vio envuelto en una pelea y nunca fue motivo de burla, porque Duncan pasó a ser, de un

chico raro y extraño, a un chico invisible.

Caminaba con torpeza y su pelo color paja lo hacía inconfundible. Era como una breve llama entre nosotros cuando decidía acompañarnos a la loma o a algún rincón del bosque a buscar animales o setas.

Puedo decir abiertamente que mi infancia ha estado asociada a esa presencia de Duncan. Poco a poco, fuimos creciendo y las apariciones de Duncan eran cada vez menos frecuentes cuando salíamos al bosque o por los caminos.

Siempre he culpado a sus padres de aquella conducta de Duncan, pues eran huraños y bastante posesivos. En un pueblo como este, todos

nos conocemos y algo de lo que acabo de escribir tuvo que ir fraguándose en la intimidad de esa casa, hasta que Duncan, cuando todos cumplimos trece años, dejó definitivamente de salir a buscar aventuras con nosotras. Porque hubo un momento en que se alejó para siempre de los chicos, especialmente cuando estos empezaron a fumar y a espiar a las parejas jóvenes que buscaban un rato de soledad en el bosque para amarse.

Duncan me lo dijo una vez. Se avergonzaba de aquellas conductas. Era demasiado serio para su edad, demasiado educado y previsible. No había nada de espontaneidad en aquel ser humano que, ahora, veinte años después, enterraba a su madre.

Lo vi destrozado. Sonaron las campanas en la iglesia del pueblo. El sacerdote dijo unas palabras afectuosas y todos le dimos el pésame. Pude comprobar en sus ojos esa negación de la realidad. No daba crédito a lo que había sucedido seguramente.

Su madre había fallecido, una de las personas a las que más había querido junto a su padre, a las que había dedicado la razón de su existencia además de los niños que educaba en el colegio del pueblo.

En efecto, Duncan era maestro de Educación Infantil y llevaba varios años allí ejerciendo su profesión. Creo que encontró la mejor profesión que se adaptaba a su perfil, pues, pese a esa introversión y a ese silencio profundo

que destilaba su espíritu, era un hombre sensible, extremadamente sensible, y esa cualidad era un don muypreciado para tratar con los niños. Nadie tenía quejas de Duncan como profesor. Nadie.

Poco antes de que Duncan comenzara a trabajar en el colegio, yo había montado mi clínica médica y ahí se escucha de todo. Pero todos los comentarios que giraban en torno a Duncan siempre eran positivos, especialmente cuando yo trataba con los niños en mi consulta y las madres hacían alguna alusión a la escuela y al trabajo del maestro de sus hijos. Me alegraba escuchar mucho esa clase de comentarios, porque yo quería que a Duncan le fuesen bien las cosas.

Las flores no deben morir nunca. Aún

puedo verlo. Su pelo de fuego, sus pecas, su caminar tan peculiar a lo largo de los senderos en las tardes de verano, en las que todas nos dedicábamos a hablar de los chicos bajo la fresca sombra de los árboles, formaban parte de mi memoria.

Cuando acabó la ceremonia y todos los habitantes del pueblo se marcharon del cementerio, me percaté de que Duncan se quedaba allí, delante de las tumbas de sus padres. Dos lápidas discretas señalaban el lugar donde dos ancianos descansaban por fin de una larga vida, cuidadosamente atendidos y mimados por un hijo que había sacrificado toda una vida por ellos.

Estaba dispuesta a marcharme, a seguir el

estrecho sendero que separa el cementerio de nuestro pueblo. Pero decidí quedarme. Me daba pena ver a Duncan en ese estado. No seguí al resto de personas que, en procesión, volvían a sus casas.

Con prudencia, caminé hasta donde se encontraba él y, sin que advirtiera mi presencia, guardé un rato de silencio a su lado.

Estaba completamente abstraído en sus pensamientos. Estaba paralizado. Su pelo rojizo seguía siendo el mismo de antaño. Me acerqué finalmente y rompí su silencio.

—Duncan, ya sabes dónde encontrarme. Si necesitas cualquier cosa, los amigos estamos para estos momentos.

—Gracias, Megan —respondió con un hilo de voz.

Comenzaba una fina llovizna. El verde de aquellos campos donde reposaban cientos de nuestros antepasados brillaba con la sombría llegada de aquellas nubes.

—Tenía que pasar, Duncan. Es la vida —me atreví a decir al ver que no se movía de delante de las lápidas.

—No es justo, Megan. No es justo que se hayan ido.

—Pero han sido felices. Han tenido una larga vida a tu lado.

—No me alivia eso —respondió secamente.

—Ahora debes pasar por un duelo y luego, poco a poco, entenderás lo que te digo.

—No es justo. Tú piensas como médico. Tu mente es racional y analítica, pero eran mis padres, Megan.

—Duncan, yo también tengo sentimientos. Yo también he perdido gente que quería. Pero al final se supera.

—Yo no quiero superarlo. Eran mis padres, no insistas, Megan. Me gustaría que te

fueras.

—Lo siento, Duncan. Solo quería mostrarte mis respetos y ofrecerte mi ayuda.

—Gracias, pero no. Quiero que te marches. Necesito estar solo —dijo con un tono severo y amargo al mismo tiempo.

No seguí la conversación. Podía entender su dolor. Podía entender que no admitiera la muerte de su madre, pero sé que el tiempo cura las heridas y Duncan, como cualquier otra persona, acabaría superándolo. Lo que temía es que cayera en una depresión.

Porque el problema de Duncan era

precisamente que toda su existencia había girado en torno a sus padres y a su trabajo. Y no había habido nada más. Ni siquiera una relación de pareja. Ni siquiera un proyecto de vida donde Duncan hubiese decidido tener hijos, formar una familia. No había nada de eso.

Por esa razón, he querido escribir sobre Duncan. Por esa razón, ese muchacho de pelo rojo se parecía tanto a mí. Tampoco yo había conseguido tener una pareja a lo largo de los años con la que tener hijos y formar una familia.

Me había volcado en mis estudios de Medicina en la misma universidad donde había estudiado también Duncan. Misteriosamente, nuestras vidas siempre habían estado unidas y

ahora sentía verdadera lástima por él, porque debía convivir con la soledad y yo ya sabía lo que era eso.

Cuando llegué a casa, telefoneé a mi amiga Beth, a la que había visto en el entierro, pero que se había marchado con premura y cierta urgencia.

Quedamos para hablar por la tarde en mi casa. De alguna forma, necesitaba expresar lo que sentía. Me había preocupado mucho al ver a Duncan en ese estado y quería que Beth, que trabajaba en colegio a su lado, no lo perdiera de vista una vez que se reincorporara a su trabajo.

Preparé té y unas galletas, y Beth llegó

puntual, como siempre a casa. Hacía frío. Y estaba oscureciendo. Encendí la chimenea. Cuando Beth apareció, sentí el alivio y la alegría de quien espera que una conversación, al menos, acabe con esas dudas que la soledad infunde en tu cabeza.

—Ha sido triste verlo así, ¿verdad? —dije yo para romper el hielo.

Beth me miró con sus ojos oscuros y asintió. Después de sorber el té, no se cortó un pelo en decírmelo.

—¿Te sigue gustando? ¿Te sigue gustando Duncan?

—No seas tonta. No sé de dónde te sacas

eso.

—¿No lo sabes? Se te ve en los ojos. Desde que eras pequeña, siempre le has tenido un especial cariño.

—Eso no significa nada, Beth.

—Mírate y mira a tu alrededor. No hay nadie en tu vida. Es como si lo estuvieras esperando.

—Si lo llego a saber, no te llamo.

—Puedes llamarme todas las veces que quieras, solamente intento ser sincera contigo.

La lluvia era más intensa fuera. No era la primera vez que Beth se quedaba a dormir en casa cuando la noche se ponía tan fea. Era como hacer una fiesta de pijamas. Sus ojos claros me miraron fijamente como si me pidieran que fuera sincera conmigo misma.

—Le he dicho a Duncan que, si necesitaba algo, que aquí me encontraría. Pero se ha mostrado huraño y distante.

—Es normal, Megan. Lo tiene que estar pasando mal. Su vida han sido sus padres y su trabajo. Y nada más.

—Lo sé. No puedo imaginarme por lo que estará pasando. Y ahora veo esta noche tan cerrada

y que él estará solo. Y siento pena.

—Yo creo que es otra clase de sentimiento el que estás experimentando.

Me callé en aquel momento. Cambiamos de tema y decidimos ponernos a ver una película. Beth se quedaría esa noche en casa.

Mañana sería otro día y yo estaba dispuesta a volver a ver a Duncan, a darle mi apoyo y a no dejarlo solo. Porque las flores nunca mueren, las flores salvajes, cuenta el dicho popular, pero a veces se marchitan y alguien las arranca para que desaparezcan de ese privilegiado paisaje que es Escocia.

*Si confias
en mi*

CAPÍTULO 2

Beth me notó extraña cuando nos despertamos a la mañana siguiente, me propuso que pasáramos el día juntas, pero me negué, le dije que tenía cosas que hacer.

—¿Qué cosas tienes que hacer un domingo? —me había preguntado, sin creerme.

—Pues lo que se hace un domingo —respondí, dándole largas.

—Hay algo que no me estás contando y no me gusta.

—No te oculto nada, solo que tengo cosas que hacer, no seas cotilla.

—Cotilla es mi apellido. Pero está bien, si no me lo cuentas ahora, lo harás cuando te acuerda la conciencia.

La había mirado en ese momento con las cejas enarcadas, no iba a hacer nada malo para tener que ajustar cuentas con mi conciencia, pero con lo que me había dicho la noche anterior, creyendo ella que a mí me gustaba Duncan, como para decirle que tenía pensado ir a buscarlo para hablar un poco con él y a ver si podía levantarle el

ánimo.

Conociendo a mi amiga, ya nos pondría hasta fecha de boda, y no iba por ahí la cosa.

Así que, aunque de mala gana, después de desayunar juntas, si es que se le puede llamar desayunar a tomarnos solo un café, yo no era capaz de meterme en el cuerpo nada recién despierta, se marchó. No sin antes mirarme cuando estaba saliendo por la puerta, señalarme con el dedo y decirme:

—Me llamarás y me lo contarás. Como que existe Dios que lo harás.

Sí, era muy dramática ella cuando quería,

lo que venía siendo toda la mayor parte del tiempo.

Cerré la puerta cuando se marchó, me duché y me arreglé. Pasé el día limpiando la casa ya que entre semana no podía hacer mucho y me dormí una siesta.

Ya por la tarde, tras una ducha, salí a buscar a Duncan.

Aunque pareciera mentira, nunca había ido a casa de Duncan. Sabía dónde vivía, claro, pero nuestra relación cambió hacía muchos años.

Y ahí estaba en ese momento, mordiéndome el labio y pensándome si llamar a la puerta o no. Levanté la mano para pulsar el timbre

cuando alguien me habló.

—No está, salió hace un rato.

Miré al hombre que estaba cortando el césped de su jardín y sonreí.

—Señor McRay, ¿cómo va ese resfriado?

—Mejor, doctora, gracias a Dios y a usted.

—No tiene que agradecerme nada —me acerqué a él—. ¿Y dice que salió? —pregunté refiriéndome a Duncan.

—Sí, hará como una hora. No se veía bien, la muerte de su madre le ha afectado demasiado.

—Quería darle el pésame.

—Anoche llegó tarde y venía borracho, lo sé porque lo vi desde la ventana de la cocina, no me extraña que esté de nuevo bebiendo.

—Duncan no bebe —dije muy segura de mí misma, pero ya no lo conocía como para asegurar eso.

—Pues ahora pensará que puede ahogar sus penas en el alcohol. Es muy triste, pero tengo miedo de que no supere esto, aunque es un hombre inteligente, quizás solo sea algo puntual.

—Eso espero. Gracias por todo y nos

vemos el martes en la consulta, a ver si ya se curó del todo.

—Gracias, doctora —sonrió el anciano.

—Feliz día —le sonreí mientras me iba.

Caminé por el pueblo sin saber muy bien hacia dónde dirigirme, tal vez debería irme a casa y buscar a Duncan en otro momento. Pero las palabras del señor McRay me habían dejado nerviosa.

¿Estaría Duncan bebiendo de nuevo?

No me gustaba la idea, él no era un hombre de eso, de ahogar las penas en el alcohol, estaba

segura.

Así que, sin darme cuenta, me paré justo en la puerta del primer pub que encontré. Entré sin pensármelo y ahí, en la barra, con un vaso de alcohol en las manos, estaba Duncan.

Me acerqué a él y tomé asiento a su lado. Levantó la mirada y se sorprendió al verme.

—Hola —dijo arrastrando las palabras, mierda, ya había bebido más de la cuenta.

—Duncan... ¿Estás borracho?

—Noooo —aseguró, borracho, claro.

—Ya veo.

—¿Qué haces aquí? ¿Quieres una?

—No, yo no bebo alcohol. Y vine a buscarte.

—Otra para ella —le dijo al camarero, ignorando mis palabras, miré al chico y negué con la cabeza— y otra para mí —dijo después de beberse la suya de un sorbo.

—¿Me dice qué le debe, por favor? —le pregunté al camarero.

—No, yo no voy a irme aún y tú no vas a pagar nada.

Pero a mí me importaba poco lo que él dijera, iba a pagar su cuenta y me lo iba a llevar de allí ya fuera por los pelos.

Y Duncan sabía que yo era capaz.

Y casi tuve que hacer eso, porque lo que me costó que se levantara del taburete en el que estaba sentado... Entre eso y el camino que me dio, conseguí, al fin, llegar con él hasta la puerta de su casa. Lo apoyé, como si fuera un saco de patatas, en la pared de la entrada a la casa y le pedí las llaves.

—No sé dónde están —dijo.

Y yo resoplé. Pues nada, me tocaría buscarlas, era hora de meterle mano al profesor. Metí las manos en los bolsillos delanteros, sin tocar más allá y nada. Al final encontré la dichosa llave en uno de los bolsillos traseros.

—Me tocaste el culo —dijo con risa de borracho.

—Buen culo, por cierto —resoplé—, mejor que te lo toque así a que no haga lo que estoy pensando.

—¿En qué piensas, Megan? —dijo con un intento de voz seductora.

—En darte un par de cachetadas —dije

muy seria y él rio a carcajadas.

Abrí la puerta y volví a cargar con él, casi arrastrándolo, hasta que conseguí que cayera como un peso muerto en el sofá.

—La vida es una mierda, ¿verdad, Megan?

—No digas eso, habla tu borrachera.

—No —se tumbó del todo—, es la verdad, la vida es una gran mierda.

—No puedes decir eso solo porque tu madre haya fallecido.

Río con ironía antes de hablar.

—Si tú supieras... —resopló.

—Quizás algún día me cuentes, entonces ya veré si te doy la razón.

—Eres preciosa, siempre lo fuiste.

—Gracias —puse los ojos en blanco, ahora era halagador.

—Por eso nunca pude olvidarte.

—Tienes que dormir —le quité los zapatos e intenté ignorar las tonterías que estaba diciendo.

—Dormir contigo, eso es lo que quiero.

—Sí, sí, sueña...

Me agaché un poco para taparlo con un manta que tenía cerca.

—Sí, con eso he soñado siempre —suspiró antes de acariciarme la mejilla, para que su mano cayera después y él comenzara a roncar.

Y yo miré a mi alrededor sin saber qué hacer. No conocía la casa y tampoco lo conocía a él, podíamos decirlo así, pero ahí estaba, con Duncan borracho en su sofá y yo como una loca a su lado.

Me senté en uno de los butacones mientras pensaba si marcharme o no. Pros y contras.

A ver, Megan, me dije a mí misma, pros no hay, solo que verás que está bien cuando se levante. Contras son todos, a saber, cómo actúa cuando te vea, puede enfadarse bastante y echarte de una patada en el culo, pero...

Yo era una temeraria o eso parecía porque ganaron los pros y me quedé ahí, sentada.

Y dos horas después, cuando ya había empezado a anochecer y yo estaba harta de mirar Facebook en el móvil y de jugar al Solitario, llamé a Beth. No iba a contarle nada, solo a charlar un rato por el aburrimiento.

Más que nada porque no tenía manera de explicar lo que estaba haciendo.

Fui a la cocina, cogí un refresco del frigorífico y me senté a la mesa. Llamé a mi amiga.

—Estoy en casa de Duncan —ese fue mi saludo después de su hola, así, sin paños calientes y echando por la borda mi resolución de no contarle nada.

—¿Qué? —chilló y casi me rompe el tímpano— ¿Y qué demonios haces ahí?

—Vine a verlo para hablar con él, lo vi muy triste en el entierro y aquí estoy.

—Algo no me cuadra —era demasiado perspicaz para su bien.

—No estaba y me lo encontré borracho en un pub. Lo traje a su casa y se quedó dormido en el sofá.

—Eso ya es más tú —dijo y la vi en mi mente poniendo los ojos en blanco—. ¿Y él dónde está?

—Dormido en el sofá, te lo acabo de decir.

—¿Y desde cuándo está dormido?

—Desde que llegamos.

—¿Y cuándo fue eso? —insistió.

—No sé, ¿hará dos horas?

—Entiendo... ¿Y por qué sigues ahí?

—¿Es un interrogatorio?

—Algo así, estoy tratando de entenderte, aunque a estas alturas ya debería de tener claro que a ti no hay quien te entienda —suspiró, frustrada.

—Solo me quedé para ver que estaba bien —me justifiqué.

—Claro, y llevas dos horas mirando cómo duerme la borrachera en el sofá. Tú no estás bien de la cabeza, tenías que haber elegido la especialidad de psiquiatra a ver si así te tratabas a ti misma.

—Yo también te quiero —dije irónicamente.

—Venga, Megan, no te mientas. Te preocupas por él, eso lo sé, que te gusta también. Pero cariño, no tienes que estar ahí. Ya hiciste tu obra de caridad al dejarlo en su casa, ahora levanta el culo de donde quieras que estés sentada y vete.

—¿Por qué? Tendré que esperar a que se

despierte, necesito hablar con él.

—A veces creo que lo tuyo es de nacimiento —seguía hablándome frustrada—. ¿Cómo crees que puede reaccionar al verte ahí después de una borrachera?

—No lo sé, pero es un hombre inteligente, entenderá mi preocupación.

—Vete, ya hablarás con él en todo momento.

—No puedo, Beth, necesito hablar con él.

—Cuando esté sobrio le lees la Biblia si quieres, pero no cuando se despierte con resaca. Y

eso sin contar con que se despierte esta noche. ¿O vas a pasar la noche ahí?

Me quedé pensativa, tenía razón. Ni yo misma sabía lo que estaba haciendo, no entendía por qué me había quedado ahí. Pero era algo personal, una necesidad incomprensible de saber que estaba bien.

Nada raro, claro, habíamos sido amigos desde pequeños, solo era eso, me dije a mí misma a ver si así me lo creía o lograba entender qué narices estaba haciendo aún en la casa de un hombre que era un desconocido para mí, por más que fuera mi amigo años atrás.

En ese momento recordé lo que me había

dicho antes de dormirse. Negué con la cabeza, eran palabras de borracho, nada más.

—Está bien, tienes razón, ya lo buscaré en otro momento —dije al final.

—Vaya, la primera vez en mi vida que me das la razón. Venga, vete a casa y me llamas cuando llegues, no quiero quedarme preocupada, necesito dormir que mañana trabajo.

—Vale, ¿y si me quedo? —no quería irme, algo me decía que tenía que quedarme. El qué no lo sabía, tal vez era cabezonería mía.

—Te lo repito: ¿cómo crees que va a reaccionar cuando te vea ahí?

Levanté la mirada cuando escuché un carraspeo en la puerta.

—Creo que lo sabré antes de lo que esperaba —dije antes de cortar la llamada e interrumpir el “¿Qué?” de mi mejor amiga, dejándola sin entender nada.

Puse el móvil sobre la mesa y carraspeé yo a mi vez. Él me seguía mirando fijamente, con sus dedos, refregó sus ojos y volvió a mirarme, como si pensara que yo era una alucinación o algo así.

Y en ese momento yo quería ser más que una alucinación, un sueño o una pesadilla. Quería que la tierra me tragase.

—Hola —dije tímidamente. ¿Qué iba a hacer o decir?

—Joder, el alcohol me afectó más de la cuenta —dijo con la voz tomada por el sueño y la borrachera, se dio la vuelta y se marchó.

Mordí mi labio para evitar reír, me levanté, cogí aire y me dispuse a seguirlo.

Tendría que explicarle lo que había pasado.

Pero el problema era que no había explicación posible...

*Si confias
en mi*

CAPÍTULO 3

No había explicación posible o sí la había.

Nunca me había tomado esa clase de confianzas con un paciente, pero se trataba de Duncan, uno de mis mejores amigos desde la infancia.

¿Qué sentimientos me unían a aquel chico? Según Beth, yo estaba enamorada de Duncan y quizá ella tenía razón. Pero era hora de rescatar a aquel chaval taciturno y callado que se había

pasado toda la vida dentro de la casa de sus padres.

Duncan tenía un problema ahora y no pequeño. Y ese problema era el alcohol. Si para ahogar sus penas se refugiaba en la bebida, estaba perdido para siempre.

A ningún padre y a ninguna madre les gustaría ver al maestro de escuela de sus hijos, borracho, caminando como una peonza por los caminos de aquella aldea. Pero, ¿cómo podía sacar del pozo a aquel chico? ¿Cómo podía yo ahora hacer que Duncan tuviera una vida diferente a la que había llevado hasta ahora?

Estaba perdido, pero yo también estaba

perdida. Mi vida también había sido muy parecida a la de Duncan, pero yo me había atrevido a salir un poco más, a conocer gente, a viajar. Yo también cuidaba de mis padres ancianos, pero ellos vivían en otra casa y siempre habían querido mi independencia, que mi vida no estuviera supeditada a ellos.

En el caso de Duncan, los padres habían sido más egoístas y habían hecho todo lo posible para que su hijo se quedara allí con ellos, como si fuese su mayordomo o un asistente personal. Me daba pena pensar que Duncan había hecho de la soledad junto a sus padres su único universo, su mundo particular e inaccesible.

Es cierto que lo seguí de lejos y vi que, de

vez en cuando, se giraba hacia atrás para ver mi presencia. Lo noté extrañado, pero parecía no importarle que yo imitara sus pasos. Yo sabía ya que se dirigía al cementerio. Aquello me estremeció y me encogió el corazón.

Estaba oscuro y no me apetecía pasar la noche en el cementerio, maldita sea. Vaya manera de amargarme yo sola la existencia. Podía haberlo dejado solo. ¿Por qué demonios me estaba metiendo en este jaleo? ¿Por qué?

Porque me gustaba, porque me gustaba su forma de caminar, porque me gustaba su soledad, el misterio que encerraba su figura. Porque...

En efecto, cruzó la tapia y, sus pasos se

dirigieron a las lápidas de sus padres. Yo tenía frío. Una fina llovizna comenzaba a caer sobre el pueblo. Me quedé un poco lejos y vi que Duncan se arrodillaba delante de las tumbas.

No lo soporté. Me lancé a ayudarlo. Comprobé que estaba llorando. Un quejido largo y sostenido se mezclaba con un aire repentino que luchaba por abrirse paso entre aquellos árboles frondosos que rodeaban el camposanto.

—Duncan, por favor, deja de lamentarte. Esto no conduce a nada — le susurré.

—Déjame en paz. No he pedido que me acompañaras.

—Pero me preocupa que estés así.

—¿A qué viene tanto interés por mí? Yo no valgo nada. Yo no importo a nadie.

—No digas eso, por Dios —le supliqué.

—Las dos únicas personas a las que importaba están muertas y yo pronto también lo estaré.

—Pero, ¿qué estás diciendo? Ni se te ocurra decir una cosa así delante de mí.

—Lo que oyes, Megan. No quiero vivir. Mi vida han sido ellos y su compañía.

—Duncan, eres un hombre joven. Tienes toda la vida por delante. No puedes tener esa clase de pensamientos.

—Por favor, vete —me ordenó con lágrimas en los ojos.

—No me voy a ir, Duncan. No te voy a dejar solo. Tienes muchas razones para vivir. Deberías estar orgulloso.

—¿Qué quieres decir, Megan?

—Tienes muchos alumnos a los que enseñar y que te quieren. Los padres y madres de esas criaturas te aprecian mucho. No puedes permitirte el lujo de abandonarlos de repente,

maldita sea.

—Pero ahora eso a mí no me importa.

¡¡Estoy solo!!

—¡¡Siempre lo has estado!! ¿Te das cuenta ahora?

No sé por qué dije aquello. Me salió desde lo más hondo de mi corazón. Estaba harta de escuchar sus lamentos y una clase de enfado me obligó a decirle esa frase. Él se calló. Sus lágrimas se cortaron y una terrible expresión de odio surgió en su cara. Sus facciones se alisaron y, de repente, se puso lívido. Me empujó y yo caí a la hierba. El viento y la lluvia golpeaban mi cara.

Duncan salió corriendo como si en aquel acto despreciable se hubiese dado cuenta de quién era él en realidad. Creo que agravé más la situación y no dudaba, en ese momento, de que Duncan volvería a casa nuevamente y se pondría a beber. Las personas a veces actúan con buenas intenciones y las consecuencias son fatídicas. Y eso había sucedido esta vez.

Para mi sorpresa, me equivoqué. Duncan no se dirigía hacia el pueblo.

Yo también salí corriendo. Quería encontrar a Duncan y explicarle que no había sido mi intención herirlo de la forma en que lo hice, ni que tampoco era mi intención burlarme de él. Pero sé que lo hice.

Ví que su sombra se perdía en el bosque, entre los árboles. La oscuridad no me permitía adentrarme por aquellos lugares que podían ser peligrosos, donde a veces algunos lobos habían devorado algunas ovejas. Sentí miedo. Grité desconsolada. Mis pies tropezaban con la maleza y las raíces que salían de algunos troncos.

No podía orientarme. No sé dónde se había metido Duncan. Triste y desesperada, regresé a casa. Llamaría a la policía. Pero a lo mejor era precipitarme, a lo mejor Duncan estaba bien y era yo la que torpemente, siguiendo su huida, había estado a punto de perderse en el bosque.

Mientras caminaba por la calle principal del pueblo, pude observar que todo el mundo estaba ya en sus casas. Aquella noche era desapacible y la llovizna se había convertido en una lluvia constante que iba a durar toda la noche.

Quise volver a casa de Duncan, asegurarme de si había vuelto tras su huida, tras empujarme con una expresión de odio en su cara que no podía borrar de mi cabeza.

Estaba ansiosa. Mi cuerpo temblaba. Y no era por el frío, sino porque estaba empapada, sino porque temía que a él le hubiese pasado algo.

Casualmente, a lo lejos, en un recodo que daba con una de las casas más antiguas, divisé una figura de mi misma estatura. Enseguida supe quién

era. Se trataba de Beth. Sentí alivio en mi pecho. Quizá ella me ayudara.

—Dios, menos mal que te encuentro, Megan.

—No te vas a creer lo que me ha pasado.

—Sí que me lo creo.

—Déjame que te explique. Cuando Duncan se despertó, se marchó de su propia casa. Y yo lo seguí. Se fue directamente al cementerio. Intenté hablar con él, pero fue inútil. Me empujó, Beth, y se metió en el bosque, en esta noche de perros.

Mi voz sonaba desesperada. Estaba alarmando a mi amiga, aunque ella parecía serena, si bien escuchaba con atención y su rostro reflejaba cierto grado de alarma.

—Me lancé a buscarlo. Pero fue imposible encontrar a Duncan. No sé qué demonios hacer. Creo que voy a llamar a la policía si no está en su casa. Iba directamente para allí. ¿Puedes acompañarme?

—Megan, ¿has visto cómo vas? Vas a pillar una pulmonía. Vente a casa. Tienes que cambiarte de ropa.

—Pero, ¿qué va a ser de Duncan? El bosque es peligroso. Salió corriendo y todo fue

por mi culpa, porque le dije que siempre había estado solo.

—Deja todas esas tonterías a un lado. Y vente a casa conmigo. Llamaremos a la policía si es necesario. Yo no voy a permitir que la médico de este pueblo vaya por ahí hecha una loca buscando a un hombre que ha decidido por él solito jugar a los exploradores esta noche.

—No entiendo tu actitud, Beth.

—¿No entiendes mi actitud? Yo no voy a coger una pulmonía. Haz el favor de venir a casa y allí hablamos con más tranquilidad.

—Pero, Beth, no podemos dejar a Duncan

en el bosque. Estaba ido. ¿Y si comete alguna locura?

—Ya es mayorcito, Megan. No voy a repetirlo más. No voy a discutir más contigo. Estoy helada. He salido a buscarte precisamente porque no me cogiste el teléfono y vi que no estabas en casa. Verdaderamente, deberías haberte especializado en Psiquiatría. Porque hay que estar loca para hacer lo que tú estás haciendo en este instante.

—Yo solo quería ayudarlo.

El tono de mis palabras sonaba a súplica. Sentía una enorme tristeza en mi corazón y tampoco entendía el comportamiento de Beth,

aunque no le faltaba razón en todo lo que estaba diciendo. Duncan era responsable de sus actos y lo que yo no podía hacer era poner en peligro mi vida con tal de saber dónde demonios había ido aquel hombre que estaba auténticamente hundido por la muerte de su madre.

Obedecí a Beth y caminé a su lado mientras escuchaba una reprimenda de aúpa. Estaba enfadada conmigo porque había cometido una irresponsabilidad al tomarme la situación personal y emocional de Duncan como si fuese alguien de mi propia familia.

—No puedes obsesionarte de esa manera. No puedes sacarlo de un bar y meterlo en su casa como si fuese tu hijo adolescente. Estás loca. Peor

que él. No puedes rebajarte continuamente para ofrecerle tu ayuda. Megan, debes saber dónde están tus límites, maldita sea.

—No te falta razón. Algo me cegó y no sabría decirte qué es.

—Claro que lo sabes. Ese chico te gusta desde hace mucho tiempo y sufres como sufre él, pero eso no justifica tu actuación.

Me callé. Beth me estaba reprochando mi forma de intervenir ante una situación en la que debería haber tomado la suficiente distancia emocional para que no me afectara como lo estaba haciendo.

Subimos un empinado sendero pedregoso y llegamos rápidamente a un grupo de casas. La de Beth era la primera de una hilera que terminaba en un pequeño puente donde pescábamos cuando éramos unas crías y no teníamos nada que hacer los domingos por la tarde.

Beth abrió la puerta rápidamente. El aire me estaba helando y el agua no dejaba de caer sobre mi cuerpo que ya estaba lo suficientemente empapado para morir de una pulmonía.

Al abrir la puerta, allí estaba Duncan, frente al fuego de la chimenea, mirando hipnóticamente las llamas que Beth había encendido para que él se calentara.

Respiré aliviada al verlo y mi amiga me guiñó el ojo como una cómplice necesaria.



*Si confias
en mi*

CAPÍTULO 4

Sí, allí estaba Duncan.

Las llamas iluminaban su rostro mudo e inexpresivo. Sentí una alegría enorme al encontrarlo allí. ¿Por qué estaba en casa de Beth? Pero aquella pregunta surgió en mi cabeza mucho tiempo después, pues lo que me interesaba era asegurarme de que Duncan estaba bien.

—¿Qué susto me habías dado, por favor!

—dije yo entusiasmada.

—No sé por qué. Te dije que te fueras —
respondió con un mal gesto y sin dejar de mirar al
fuego.

—Voy a por ropa, Megan. Debes
cambiarte. Prepararé café para los tres —dijo
Beth, intentando estar al margen.

Nos dejó solos. Tenía miedo de quedarme
con Duncan en un primer momento. Sé que aquel
empujón era fruto de su ira y represión, aunque eso
no debía justificar aquel acto. Temía que, al hablar
con él, reaccionara de la misma forma y saliera
corriendo de aquella casa, así que me callé para
evitar cualquier malentendido. Pero esta vez fue él

el que quiso comenzar a hablar.

—Perdona por lo de antes. No era mi intención empujarte.

—No pasa nada, Duncan. Estoy muy arrepentida de lo que dije. No tenía ningún motivo para decir algo así.

—Pero tenías razón. He estado siempre solo.

—No te tortures. Jugabas conmigo cuando eras pequeño y, aunque muchos te consideraban un chico extraño, nadie se burló de ti ni nadie te despreció.

—Sí, pero nunca fue fácil para mí. Nunca pude parecerme a esos chicos con los que vosotras salíais las noches de feria durante el verano.

—Porque no quisiste. Siempre fuiste un joven atractivo. Quizá tus padres...

—Mis padres, ¿qué?

En aquel instante, temí que podía fastidiarla de nuevo. Temía que, en cualquier momento, Duncan, como había hecho antes en el cementerio, reaccionara de una forma imprevisible.

—Duncan, tenemos confianza o eso creo. No sé si tus padres fueron demasiado

sobreprotectores contigo y eso influyó en ti a la hora de actuar con total libertad.

—No sabes nada de mis padres ni de mí apenas, Megan.

Su tono era sereno, pero parecía que un rastro de pena se intuía en aquellas palabras que mi amigo pronunciaba mirando al fuego, como si, en aquellas llamas, él hubiese encontrado una manera tranquila y asequible de vaciarse, de contar todo lo que sentía y que guardaba muy dentro.

—Me da pena verte así, Duncan. Eres una persona más importante para mí de lo que imaginas.

—Ya te dije que eso no me sirve de nada. Cuando murió mi padre, lo sentí mucho, pero la muerte de mi madre ha sido inesperada y era lo único que me ataba a este mundo. Ahora no sé quién soy, Megan.

—Creo que me estoy perdiendo.

—Es una larga historia que casi nadie sabe en el pueblo.

—Por favor, no te detengas ahora. Cuéntala. Tienes la oportunidad de desahogarte, de sacar de dentro eso que te está oprimiendo el corazón y te está ahogando. Ya no te lo digo como amiga, sino como médico.

—No es tan fácil, pero lo intentaré.

En ese momento, llegó Beth con ropa para mí y con una jarra de café. Ví que Duncan estaba menos nervioso. Su cuerpo estrecho se encogía sobre la silla buscando el calor del fuego. Su pelo rojo se iluminaba con el resplandor de las llamas y sus ojos claros emitían un brillo especial que entraba en comunión con aquel fuego incandescente.

Me retiré al aseo y dejé a Beth al lado de Duncan. Estaban los dos callados, completamente sumidos en aquel juego hipnótico de brasas y pavesas en que se iban convirtiendo los troncos poco a poco.

Volví a los pocos minutos con un pijama que me quedaba un poco grande, pero agradecí aquella ropa porque mi cuerpo entró en calor. Mi pelo suelto me daba un aire salvaje y provocativo que no escapó a la mirada de Duncan, quien estaba dispuesto a contarnos una historia que tenía que ver con su vida y que, al parecer, ninguna de nosotras conocíamos.

—Duncan, ¿estás seguro de que quieres contarlo? —preguntó Beth con aire dubitativo.

—Sí, claro que quiero. Es hora de que sepáis la verdad sobre mí.

—Me estás asustando. Espero que no nos

estés tomando el pelo —intervine yo acongojada, pues nunca había imaginado que Duncan se abriera de esa manera.

—No estoy de humor para bromear y menos con una cosa así.

—Adelante, te escuchamos —dijo Beth.

—Solo os pido una cosa. Nadie sabe nada de esto en el pueblo y los que alguna vez lo supieron han muerto llevándose el secreto a la tumba, porque así lo quisieron mis padres.

—Está bien. Cuenta con ello. Guardaremos el secreto —dije yo con expectación.

Duncan se giró dándole la espalda al fuego. Beth y yo estábamos sentadas en el suelo, perplejas, a punto de escuchar de la boca de Duncan una historia de película.

—Mis padres no son mis padres —dijo él con seguridad.

—¿Qué quieres decir? —pregunté yo enseguida.

—Mis padres me recogieron del portal de su casa una noche como esta. Yo era un bebé y alguien me dejó abandonado delante de casa. La suerte, el azar o Dios quiso que me acogiesen porque podía haber muerto de frío. Pero mis llantos alertaron a mis padres

—No me lo puedo creer, Duncan. No doy crédito a lo que estás contando — apostilló Beth.

—Mis padres no tenían hijos y vieron en mí una especie de regalo del cielo. Sé, por mi madre, antes de morir, que fueron muchas las veces las que suplicó desesperada a Dios un embarazo. Pero eso nunca sucedió. Que yo apareciera envuelto en mantas dentro de un cesto de mimbre parecía que era la respuesta a sus oraciones y plegarias. Mis padres desaparecieron del pueblo un tiempo y mi madre simuló con un pequeño cojín que estaba embarazada antes de salir de aquí para dar entender, a su regreso, que había dado a luz. Como no fui nunca un niño especialmente grande, todos dieron por supuesto

que mi madre había parido en la ciudad.

Mientras escuchábamos aquella historia tan triste, veía como la voz de aquel hombre se volvía más débil y lastimosa, como si quisiera pedir disculpas de algo que no le correspondía.

—No pasa nada, Duncan. Esas cosas suceden no es la primera vez que un niño es abandonado, por desgracia. Eran tiempos muy difíciles por aquel entonces y tuviste la suerte de tener a unas personas maravillosas que supieron cuidarte —dije yo con intención de serenarlo.

—Yo no lo sabía —intervino Beth con aire infantil.

—Los pueblos cuentan todo, pero también callan todo —dije yo convencida de lo que decía.

—Megan tiene razón. Bastantes personas sabían esta historia, especialmente familiares y amigos de la familia, y todos tuvieron la valiosa prudencia de no mofarse nunca de mis padres ni de mí —añadió Duncan sin abandonar ese tono melancólico.

—Habría sido muy cruel por su parte hacer mofa de esa clase de cosas. El pueblo no lo habría permitido —dijo Beth entregada a la historia.

—El asunto no termina aquí. Y quizá esto sea lo que nadie conoce en realidad. Antes de morir, mi madre, cogiéndome la mano mientras los

dos nos mirábamos con ternura por última vez, me confesó que ella sabía quién era mi verdadera madre, pero que juró a esa mujer que no me diría nunca quién era, porque esa mujer no quería que yo supiese los motivos que me llevaron a abandonarme.

—No me lo puedo creer. ¿Y no te dijo quién era en realidad?

—No. No me lo dijo, pero, en deuda con Dios, quiso que yo supiese que ella no era mi madre, como si temiera abandonar este mundo guardando una mentira en su corazón. Yo le dije, entre lágrimas, que, aunque no fuese mi madre verdadera, ella lo había sido todo para mí, y que nunca reconocería a otra madre o a otro padre que

no fuesen ellos.

—Me dejas sin palabras. No sé qué responder, Duncan —dijo Beth secándose las lágrimas con el embozo de su jersey de lana.

—Imaginad cómo me siento. Es como si volviera a ser aquel bebé que estaba envuelto en una cesta, envuelto entre mantas. No tengo a nadie y no sé nada de mis orígenes. Quizá esa mujer, mi verdadera madre, viva todavía en el pueblo. Aunque lo más seguro es que no sea de aquí.

—A lo mejor venía a verte. ¿No recuerdas a ninguna mujer que visitara con frecuencia tu casa, Duncan? —pregunté yo como si, en vez de médico, fuese una detective.

—No recuerdo nada. He pensado en todo tipo de personas. He analizado todo tipo de rostros y miradas. Pero no tengo nada claro.

El fuego de la chimenea se iba apagando. La lluvia no dejaba de caer. Lo hacía cada vez con más fuerza. Un escalofrío recorrió mi espalda cuando escuché la última intervención de Duncan.

Estaba muy afligido, pues su soledad era una soledad profunda, marcada por ese sentimiento de orfandad que Beth y yo no teníamos. En cierta manera, él se sentía desangelado, desprotegido, como si su vida no perteneciese a este mundo, a estas gentes, a este pueblo.

Cada palabra que decía estaba marcada por un sentimiento hondo de desamparo y eso era terrible.

—Duncan, entiendo tu tristeza, pero no puedes vivir martirizándote de esa forma —dijo Beth.

—¿Puedo preguntarte algo sin que te ofendas? —quise yo indagar un poco más en la confesión de su madre—. Es una pregunta como médico.

—No te preocupes, Megan, adelante.

—¿Crees que tu madre te dijo eso con toda la certeza del mundo? ¿No pudo ser fruto de algún

delirio previo a la muerte?

—Megan, lo pensé por un momento. Pero insistió varias veces en relatarme ese hecho y sus ojos tenían un brillo sincero. Estaba cuerda. Además, tú fuiste a verla dos días antes de que la ingresáramos en el hospital.

—Sí, lo recuerdo. Y la verdad es que, para su estado físico, estaba despierta y vivaz dentro de los estragos que supone una neumonía a esa edad.

Me quedé pensativa durante un rato. Beth echó varios troncos de leña a la chimenea que comenzó a arder intensamente. Se hizo un silencio profundo, como si cada uno de nosotros necesitara meditar en sus adentros acerca de nuestro pasado,

nuestra infancia, nuestra adolescencia y nuestra juventud.

Duncan había formado parte de mi vida y, ahora que estaba mostrándose abierto y sensible con el testimonio de su propia vida, le pregunté.

—¿Por qué dejaste de salir con nosotras? ¿Por qué ibas del trabajo a casa simplemente? En el pueblo, dicen que tus padres eran muy posesivos.

—No tengo nada que responder a eso. Mis padres me necesitaban y yo, en cierta manera, tenía una deuda contraída con ellos, pues habían cuidado de mí sin estar obligado a ello. Sabes que mi padre acabó en una silla de ruedas y mi madre

no podía con todo. Seguramente se volvieron más recelosos del mundo exterior según fueron envejeciendo, pero a mí no me importaba estar con ellos. De todas maneras, me fui dando cuenta de que todos fuimos haciendo nuestras vidas. Menos Beth y tú, nuestros amigos y compañeros del colegio se fueron marchando de este pueblo y yo siempre tuve en mente que, tarde o temprano, nosotros tres acabaríamos haciendo lo mismo. Tuve la fortuna de encontrar mi trabajo en la escuela y tú te atreviste a montar la clínica en el mismo lugar en el que naciste y te criaste. Creo que, con el paso de los años, me fui pareciendo a ellos también. Me volví más receloso, más introvertido. Desde la adolescencia, dejó de interesarme el mundo de ahí fuera. Prefería la soledad a seguir las costumbres de compañeros de

clase que perdían el tiempo en travesuras y en cometer pequeños actos delictivos.

—Siempre te consideraré una persona mayor, Duncan —dije yo con admiración.

Beth se levantó a por más café y volvimos a quedarnos solos. La hoguera se avivaba con la leña y algunas llamas chisporroteaban. Qué verdad decían algunos cazadores al asegurar que el fuego domina el corazón de los hombres y aquella lumbre nos tenía apaciguados, hipnotizados y serenos, en comunión con los secretos que guardaban nuestros corazones.

—No me gustó vete así, Duncan.

—¿Cómo?

—No me gustó verte completamente borracho. Eso te puede acarrear problemas como profesor.

—Era mi tiempo de ocio, Megan. Tenía que olvidar, maldita sea.

—No es la forma. Te ofrecí mi ayuda y la rechazaste.

—Fui un imbécil.

Se hizo de nuevo un silencio tenso entre los dos. Las primeras brasas palpitaban como si latieran.

—No debo hacerlo. Tienes razón. Algunos padres podían denunciarme.

—Duncan eres muy querido en el pueblo. Las madres con las que hablo te consideran un profesor excelente. Eso es un motivo para estar feliz y no debes caer en la bebida para superar ese vacío emocional que significa la ausencia de tus padres.

—No debo hacerlo y debo darte las gracias por recogerme y llevarme a casa. Y luego mira cómo te lo agradezco. Con un empujón y huyendo hacia el bosque. Menos mal que recapacité y, por un atajo, regresé a la aldea.

—¿Cómo viniste a parar a esta casa?

—Me encontré con Beth, quien andaba buscándote desesperadamente. Y, al verme en ese estado de agitación, empezó a preguntarme por ti. Se nota que te quiere y te aprecia. Yo me quedé aquí, delante de la chimenea, y ella se lanzó a buscarte en dirección al cementerio.

—¿Puedo decirte una cosa, Duncan?

—Sí, claro.

—Tenía ganas de decírtelo desde que éramos niños. Siempre he estado cómoda contigo —dije yo con una expresión feliz en la cara.

Por primera vez en mucho tiempo, Duncan sonrió y Beth se dio cuenta al entrar al salón. Pasamos dos horas juntos, recordando anécdotas de la infancia y, cuando cesó la tormenta, salimos.

Duncan me acompañó a casa en plena oscuridad. El aire era puro y me sentía bien al lado de aquel chico que tenía otra expresión en su rostro. La luna brillaba en el cielo, pues las nubes se habían ido, como una señal de que los problemas comenzaban a desaparecer del horizonte.

A la mañana siguiente, me levanté con ganas de comerme el mundo y, aunque era temprano y no había dormido demasiado, estaba radiante. Me sentía bien, así que desayuné, cogí mi

maletín y me fui a la clínica. Allí Rose me estaría ya esperando. ¿Quién es Rose? Una ayudante que había buscado en el pueblo, una amiga de mi madre que era ya como de la familia. Viuda muy joven, pasaba mucho tiempo en casa, pues era íntima de mis padres desde la infancia. Estudió un tiempo algo de Enfermería, pero abandonó los estudios porque no se acostumbraba a la vida en la ciudad, según ella.

Antes de dejar la casa para irme a trabajar, hice una cosa que nunca pensé que sería capaz de hacer. Escribí una nota sin mi firma donde decía simplemente: “Todos los días contigo”.

Y, al pasar por casa de Duncan, la pegué a la ventana de su cocina que daba a la calle. Lo

hice con un ligero temblor de manos, como si fuera una quinceañera que hace una travesura a escondidas de todo el mundo.

Pero me apetecía hacerlo y no me iba a privar de alegrarle un poco el día a mi querido Duncan.

*Si confías
en mí*

CAPÍTULO 5

La semana siguiente, con el trabajo de ambos, casi nos fue imposible vernos. Pero estaba feliz porque todas las mañanas le dejaba notas en su ventana.

Todo comenzó el lunes. Le dejé una con el mismo texto que la primera que le había puesto yo.

Y así sucedió los demás días, dejaba una nota y me iba corriendo, sin decirle nada, sin poner mi nombre, una quinceañera.

El martes le dejé una que ponía: “Me gustaría volver a verte... Todos los días”.

La del miércoles fue: “Te tengo en mi mente... Todos los días”.

Y así, lo que empezó como una chiquillada de adolescente enamoradiza, me hizo sentir miedo. Inseguridad porque quizás lo que le escribía era demasiado para no conocer al hombre en el que se había convertido.

Y tal vez porque yo me estaba montando una película romántica en la cabeza. Pero no podía evitarlo. Era una necesidad que fluía a través de mí como fluyen tantas cosas a través de esa naturaleza que, en Escocia, se manifiestan y a las

que no hemos acostumbrado: el río, las corrientes de aire, la niebla sobre la verde hierba.

Sí, me estaba imaginando las cosas. Duncan era un hombre tímido, pero un hombre, al fin y al cabo. Y yo tampoco era una mujer espectacular. Guapa, quizás, pero nada del otro mundo. Normal y corriente, como se solía decir, no es que los chicos se pegaran por conseguir una cita conmigo, aunque tampoco había tenido problemas de rechazo cuando me gustaba uno. Quizás era lo que decía mi amiga, que yo no veía las cosas y no me valoraba como debía, pero me daba igual. Sabía quién era, no necesitaba a un hombre para sentirme mejor, aunque mis padres insistieran en querer casarme con cualquiera. Pero algo había en mí que me impedía pensar en hacer

algo así, en querer atarme de por vida a alguien que no cumpliera mis expectativas. Sí, he escrito “atarme” porque que te obliguen a casarte con alguien para crear una familia sin que haya ningún tipo de atracción o de amor no es otra cosa que atarse. Y yo no quería eso para mí. Yo no había nacido para entregarme al primer hombre que se cruzara por mi camino.

Yo era algo chapada a la antigua en ese tema, soñaba aún con un amor bonito, de esos de las novelas. Algo imposible, pero no quería la frivolidad en la que se basaban las parejas, quería algo sincero, más que el sexo.

Confianza, cariño, compañía... Me da igual que alguien me pueda considerar una persona

estúpida por pensar de esta forma.

Y quizás por eso llegué nerviosa el viernes a casa de Duncan. No le había avisado de que iría, me presenté en su casa de sorpresa, con comida a domicilio para invitarlo a cenar.

Solo esperaba que no me echara o estuviera acompañado.

Cuando pensé en esa opción, me entró de todo, una rabia que no sabía a qué venía.

Celos, Megan, son celos, dijo una vocecita en mi cabeza. Negué, evitando oírla. ¿Celos? Lo que me faltaba...

No era capaz de llamar a la puerta, levantaba la mano y la volvía a bajar. Me estaba empezando a dar un ataque de ansiedad e iba a irme por donde había venido, cuando la puerta de su casa se abrió. Giré la cabeza y me encontré con la cara de ese chico que me gustaba. Sí, lo reconozco, me gustaba. Sonreía tímidamente y yo hice lo mismo. Era Duncan la expresión de esa tristeza combinada con cierta alegría salvaje que nace del contacto con los campos y los caminos. Sus ojos eran también la prueba de que la serenidad no está reñida a veces con cierta intranquilidad, con cierta aspereza hacia el mundo exterior y hacia las gentes.

—¿Te ibas a ir? —preguntó.

—No, para nada, acabo de llegar e iba a llamar.

—Menos mal, llevo diez minutos viéndote desde la ventana, ya tenía que te fueras y no pudiera comerme la comida. Me tocaría ponerme a cocinar.

—¿Estás bromeando conmigo? —pregunté con la boca abierta. Era obvio que lo hacía, pero a mí me sorprendió, yo no conocía esa faceta de Duncan.

—Anda, pasa, antes de que se nos enfríe más la cena.

—Esto... Yo no quiero molestar.

—Vamos —me hizo señas para que entrara —, jamás me molestas, Megan.

—Gracias —sonreí y entré.

Entré como si fuera mi casa. Yo ya me había sentado y estaba preparando la comida en la mesa de la cocina. Duncan rio y puso los platos y una botella de vino en la mesa. Lo notaba distinto y me gustaba verlo así, amable, dispuesto a ser simpático y extrovertido con su invitada. Era esa aura de misterio la que me encandilaba, la que hacía que yo experimentara una atracción hacia él que estaba lejos de muchas de esas opiniones que consideran el amor como una mera excusa para tener sexo, para convertir un sentimiento tierno y

cariñoso en una relación pasajera, libre de romanticismo y sensibilidad. Y yo no quería eso.

—¿Qué vamos a cenar? —preguntó mientras ponía la mesa.

—Hamburguesa con doble de queso, cebolla, tomate y sin pepinillo. Ah, y patatas, con salsa barbacoa para ti y con mahonesa para mí —dije mientras iba sacando la comida de su envase.

—Oh —rio de nuevo.

—Ya, bueno, siempre te ha gustado, ¿no?

—Sí, es mi favorita. Qué memoria tienes —se sentó frente a mí y empezó a comer.

—Puedes comer tranquilo, nadie te la va a quitar —reí al ver cómo la devoraba.

—Estaba muerto de hambre, no he comido nada en todo el día.

—¿Por qué? —pregunté y empecé a comer.

—Demasiado trabajo, los viernes siempre son complicados en el colegio, hay que dejar organizada la semana siguiente, así que no tenemos tiempo para mucho. Cuando llego, solo me apetece dormirme una siesta, ni me acuerdo de comer. La gente no se da cuenta de lo que significa ser maestro o ser profesor. Trabajamos mucho y tenemos una paciencia inmensa con los niños que,

a veces, muchas veces, se ponen pesados y tozudos, y desafiantes. Esos momentos son los peores. Ahí es donde te das cuenta de que estás perdido y es cuando verdaderamente tu clase se convierte en un espacio lleno de estrés.

—Pues nada, tendré que añadirte a la lista de pacientes. A partir de ahora, los viernes almuerzas conmigo, y cenas también.

—No tienes que modificar tu vida por mí, Megan —dijo serio de repente.

—Tú lo has dicho, es mi vida, hago lo que quiera —lo dije borde, sí, pero odiaba cuando era tan inseguro.

—No me gusta la compasión —dijo un rato después del silencio que de repente se había instalado entre nosotros.

—No sé de qué estás hablando —dije con el ceño fruncido.

Se levantó de la silla y empezó a recoger.

—Tengo que cuidarme solo, no necesito una niñera.

—¿Es eso lo que crees que hago? ¿Cuidarte porque me das pena? ¿Eso piensas de mí? —me levanté y me puse al lado de él, impidiéndole que recogiera nada y que me mirara a la cara. Yo, cuando me enfadaba, tenía genio, no

era ninguna sumisa, y cuando Duncan hablaba así, me enfadaba, y mucho.

—Tienes tu vida, no hemos tenido relación durante años. Me quedo solo y apareces como si tuvieras que rescatar a un perrito abandonado de la calle. Yo no quiero la lástima.

—No puedo creer lo que estoy escuchando...

—Te agradezco la preocupación, Megan, pero no soy una obra de caridad. Esas hazlas en tu trabajo.

Lo peor de todo es que lo decía con sinceridad y a mí me dolían sus palabras. ¿Cómo

podía pensar eso de mí? ¿Por qué, de repente, se comportaba de esa manera? ¿Por qué tenía que joder este encuentro? No sentía lástima por él ni pena. Solamente me apetecía estar a su lado, pasar unos momentos felices con alguien al que consideraba un amigo desde hacía mucho tiempo.

—¿De verdad piensas que estoy aquí por eso? —pregunté con un repentino nudo en la garganta. ¿Esa era la impresión que le había dado? ¿No lo estaba entendiendo?

—¿Por qué si no? —me miraba a los ojos, serio.

Negué con la cabeza.

—Estás ciego.

Y sin nada más que decir, me marché. Estaba dolida. A nadie le gusta que le recriminen nada sobre todo cuando intenta hacer que las cosas salgan bien. Yo necesitaba su compañía y él necesitaba la mía. ¿Por qué tenía que joder todo aquello? Mi pulso se aceleraba. Ojalá pudiera haber desaparecido con solo chasquear los dedos, pero no era capaz de hacer eso. Las lágrimas, esas que había retenido mientras lo oía decirme las cosas, no tardaron en salir. En el momento en el que cerré la puerta de su casa de un portazo, di rienda suelta a mis emociones y comencé a llorar.

Llegué a casa así, con los brazos cruzados en una especie de abrazo, con las lágrimas

cayendo sin control por mis mejillas, con el corazón encogido. En el fondo, me daba pena Duncan. Había desperdiciado un momento precioso en el que los dos podíamos haber intimado y habernos conocido un poco mejor. Pero él lo quiso así. No es extraño encontrar personas que encuentran en herir a los demás una forma de escapar de ellas mismas, de esa ira que contienen en su interior y que no saben cómo deshacerse de ella.

No había sido más que una discusión, pero me había dolido. Sus palabras me habían hecho daño. ¿Cómo podía pensar que yo había eso por lástima? ¿Por qué se valoraba tan poco? Joder, ¿dónde estaba su autoestima? ¿Su carácter? ¡Algo! Quizá mi amiga tenía razón. Debía haberme hecho

psiquiatra para tratar de comprender la naturaleza humana, para comprender mejor aquel tipo de reacciones. Sentí la misma sensación que cuando me pegó el empujón en el cementerio.

La tristeza estaba dando lugar a la rabia, al enfado. Llegué y me preparé un té con la intención de tranquilizarme. Pero no, yo era como una bomba a punto de explotar, una olla a presión que iba a reventar.

Y necesitaba tranquilizarme antes de salir por la puerta, volver a su maldita casa y decirle todo lo que pensaba.

Me había dejado irme, ¿se podía ser más idiota?

Y una hora después, seguía enfadada. Pero muy enfadada, así que no iba a aguantar más. Me levanté de la silla dispuesta a volver a su casa y a ponerla las cosas claras. es lo bueno que tienen los pueblos pequeños, que todo está cerca y a mí me costaba ahora bien poco acercarme para mostrar mi carácter, para decirle que de verdad que ahora sí que me daba lástima y mucha pena, que, con aquella clase de comportamientos, lo único que iba a conseguir era quedarse un poco más solo cada vez, que no merecía la pena que siguiera buscando fantasmas en el pasado porque él se había convertido ya en uno de ellos, maldita sea.

No debía haber hecho nada de lo que hizo. No debía haberse mostrado de esa forma conmigo.

Me gustaba esa tristeza que escondía en su corazón y ese aire espontáneo y natural que desprendía una vez que tratabas con él. Tiempo atrás, esa tristeza se había convertido en una especie de extrema sensibilidad que le venía muy bien a la hora de tratar con los niños, pero que, ahora, tras la muerte de su madre y ante mis apariciones se convertía en desprecio y en desafecto.

Abrí la puerta como si de un vendaval se tratara y me quedé en shock al verlo ahí, parado, a punto de llamar.

Ninguno dijimos nada, solo nos miramos a los ojos.

—Duncan... —suspiré, pidiéndole una

explicación.

—Lo siento —dijo apenado—, yo no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada —todo mi enfado se había volatilizado. Había venido a disculparse.

Ese era el Duncan que yo buscaba, ese Duncan sensible que necesitaba encontrar la paz interior. Ahora su mirada vidriosa, cargada de lágrimas, lo delataba. Estaba claro que parecía arrepentido y que había reconocido el dolor en mí al soltarme todo aquello como si yo fuese una especie de alma caritativa que buscaba hacerle más llevadera su sola y enigmática existencia.

—Megan, necesito confiar en alguien.
Necesito confiar en ti.

—Hazlo —susurré.

Vi cómo tragaba saliva y luchaba consigo mismo. Le estaba costando hablar, si es que era adorable. De nuevo su tristeza volvía a combinarse con esa tímida y espontánea naturalidad que lo caracterizaba desde pequeño.

—Solo tú. Todos los días —dijo suspirando.

No me lo esperaba, era extraño, como si fuera lo más normal entre nosotros, no entendía

nada.

—Megan, lo siento —dijo apenado.

—No te disculpes —le rogué.

—Te necesito en mi vida y no te puedes imaginar cuánto —confesó sin dejar de mirarme a los ojos.

—Me tienes —le dije como respuesta y sonreí ampliamente.

Entramos en casa y estuvimos un rato juntos, hablando de todo un poco, pasando tiempo juntos mientras disfrutábamos de un té caliente. El paisaje moría en una niebla que se iba posando

sobre los montes y las lomas. Un suave viento azuzaba las ramas y ese sonido extraño de la naturaleza se podía escuchar desde el interior de mi casa. Allí estábamos. Éramos dos seres destinados a la soledad, compartiendo las vivencias de años atrás, mirándonos como dos personas que miran más allá de la realidad, de sus cuerpos, de sus ojos. El suave viento continuaba y la niebla dejaba que los árboles, piedras y estrechos caminos se sumieran en una misteriosa atmósfera. Como si el mundo de los espíritus fuera el que ahora habitara entre nosotros. Escocia siempre ha tenido ese carácter evocador.

Cuando Duncan se marchó, prometiéndome vernos al día siguiente, sonreí feliz mientras lo observaba desaparecer por la calle. Tenía miedo

por todo lo que estaba sintiendo por él, mejor dicho, tenía miedo por reconocirme a mí misma lo que llevaba sintiendo toda la vida por él.

Pero ya era el momento de luchar por lo que siempre había querido.

Y era Duncan.

Cerré la puerta, no sin antes coger la nota que él traía y que aún seguía ahí para guardarla junto a los demás, y me senté en el sofá a meditar un rato.

“Solo tú. Todos los días”.

Esa era la última nota que le había dejado.

¿Qué pensaría él cuando supiera que era yo? ¿Lo sabría ya?

No sabía cómo sentirme, la felicidad y la emoción luchaban contra los miedos y las inseguridades, a amar, a empezar una relación. Alguien podría pensar que estaba loca al hacer y sentir toda esta clase de cosas, pero no iba a renunciar a ello. No iba a renunciar a una forma de conquistarlo pacientemente, desde el misterio, desde la ilusión, desde esa sensibilidad que yo compartía con él.

Era Duncan por el que tenía que luchar.

No entendía cómo había podido estar tan ciega, cómo no me había dado cuenta de que, si

nunca estuve seriamente con alguien, era por él.

Cuando Beth se enterara, me mataría o diría: Si es que te lo dije, todos lo veíamos menos tú. Sí, todos lo hacían menos yo, pero ya me había quitado la venda de los ojos.

Ahora lo entendía, me daba cuenta de que, sin ser consciente de ello, lo había estado esperando. Ironías de la vida...

Me tumbé y suspiré.

Estaba segura que nuestra relación no sería fácil, Duncan tenía muchos miedos que vencer, sobre todo consigo mismo y muchas veces yo no podría ayudarlo. Pero lo intentaría. Si él me

permitía estar cerca de verdad, ahí estaría incondicionalmente. Porque yo sabía que había algo en su cabeza que no lo dejaba vivir y era conocer a su verdadera madre. La ausencia de sus padres, de aquellos padres que lo habían adoptado y le habían librado de morir de frío, pesaba sobre él como una losa. Y es entendible cuando has dedicado toda tu vida a atenderlos, a envejecer con ellos, para que tuvieran un final de vida tranquilo, sereno y feliz. Duncan lo había conseguido. No todos los ancianos de este pueblo podían decir lo mismo, cuando habían visto a sus hijos marchar lejos y se habían quedado solos.

Había dado un gran paso esa noche, ahora me tocaba a mí volver a sorprenderlo. Y lo haría, ese fin de semana sería por y para nosotros.

*Si confías
en mí*

CAPÍTULO 6

Me levanté el sábado y aún tenía la sonrisa en mi cara. Estaba contenta, ilusionada por lo que estaba sintiendo por Duncan. También asustada porque no sabía qué sentía él, pero no quería que eso me parara para, al menos, seguir cerca e intentando que él saliera del hoyo en el que había estado toda su vida.

Ya el tema de los sentimientos los dejaría a un lado, esto se trataba de amistad primero.

Cuando ya estaba lista para salir, el móvil sonó. Suspiré al ver que era Beth, ya iba a volverme loca y recién comenzaba el día.

—Estoy a punto de salir —le dije nada más coger la llamada.

—Sí, para mi casa. Tenemos que hablar.

—¿Pasó algo?

—No, que te espero para desayunar.

Y con las mismas colgó y yo me quedé mirando el teléfono con muy mala hostia. Tenía otros planes, ¿por qué tenía siempre que fastidiarme?

Pero decidí ir, mejor eso a tenerla todo el fin de semana dándome la lata por no contarle las cosas. Tardé poco en llegar a su casa y ni tiempo le dio a que entrara en ella que ya me estaba desquiciando.

—A ver, toda la semana sin saber nada de ti, ignoras mis mensajes, no coges mis llamadas, no me cuentas nada. ¿Qué está ocurriendo, Megan? ¿Ha pasado algo y no me enteré? ¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? No entiendo a qué viene tanta preocupación.

—A que me llevas ignorando toda la semana y estaba asustada.

—Te mandé un mensaje y te dije que estaba ocupada, que te llamaría en unos días.

—Megan... —dijo con voz de madre cuando te va a reñir por hacer una travesura— No soy una persona paciente y...

—Sí, lo sé, eres una alcahueta de primera.

—Mi mejor amiga me ignora, de repente el profesor extraño llega diferente al trabajo.

—¿Qué quieres de decir con diferente? — ahí ya me ponía más nerviosa, se trataba de Duncan.

—Pues sonriendo, si eso no es una gran diferencia... Oh, ¡y silbando! Silba por los pasillos.

—Como mucha gente, solemos sonreír y silbar. Incluso cantar —reí.

—Deja la ironía. ¿Qué está ocurriendo entre vosotros dos?

—Nada.

Me miró con cara de incredulidad. Yo sabía que algo no iba bien en la cabeza de Beth, la estaba viendo preocupada, un tanto mosqueada y eso tenía que ver algo con mi relación con Duncan. ¿Qué estaba pasando por la cabeza de Beth?

—¿Me invitas a un café o vamos a estar todo el tiempo en el pasillo, de pie, hablando?

—Vas y te lo haces tú —dijo y me fui a la cocina para hacerle caso.

—¿Quieres uno?

—¿Que me cuentes? Sí, ya tardas —se apoyó en el frigorífico con los brazos cruzados y mirándome con el ceño fruncido. Seguí sonriendo y preparé café para ambas.

—No pasó nada, no vi a Duncan en toda la semana. He tenido mucho trabajo y estuve haciendo limpieza en casa.

—¿Entonces por qué no respondías a mis mensajes?

—Te lo he dicho, estaba agotada.

—¿Y por qué tienes esa sonrisa de idiota?

—Será porque soy idiota. ¿Quieres dejarme ya?

—No, ¿nada que contarme?

Puse los ojos en blanco y me senté, le di su taza de café y bebí de la mía.

—No. Anoche lo invité a cenar, charlamos un rato y ya está —no pensaba contarle nada más.

—No te reconozco. ¿Lo invitaste a cenar?

—Sí, compré algo de comida y fui a su casa. Solo eso, pasamos un rato agradable.

—No es un paciente —resopló.

—¿Tú también piensas eso? —pregunté empezando a enfadarme— Yo no estoy cerca de él por querer hacer ninguna obra de caridad, estoy cansada de que todos penéis lo mismo.

—¿Quiénes somos todos?

—Tú, Duncan... ¡todos!

—Entiendo. Bueno, pero Duncan es un hombre, es normal que no vea el interés que tú tienes en él. Que es más que evidente, por cierto.

—Yo no tengo ningún interés —mentí.

—¿A quién intentas engañar? —me preguntó con las cejas enarcadas.

—No cuela, ¿verdad? —resoplé.

—Pues no, siempre te ha gustado, no es algo nuevo. Pero has sabido esconderlo bien, es normal que él no se haya dado cuenta. Igual que él siempre estuvo loco por ti.

—Él nunca ha estado loco por mí.

—Ya, claro —rio—, no hay más ciego que el que no quiere ver. Pero dime, ¿qué piensas hacer?

—¿De qué?

—¿Vas a decirle lo que sientes?

—No. Solo quiero que confíe en mí, me siento bien en su compañía, solo eso, no empieces a imaginar lo que no es.

—Está bien, si tú lo dices, te creeré —

dijo, pero se notaba que no me creía en absoluto —. Pero bueno, me parece bien, los dos necesitáis romper un poco con la monotonía, os vendrá bien la compañía.

—Ajá...

Terminé de tomarme el café, iba a despedirme ya, tenía ganas de ir a buscar a Duncan y que pasáramos un rato juntos, cuando mi amiga me echó rápidamente con su siguiente pregunta.

—Entonces, ¿para cuándo es la boda?

Salí de allí como alma que lleva el diablo mientras escuchaba las carcajadas de ella. Es que no cambiaba...

Acababa de salir de su casa cuando mi móvil sonó. Refunfuñé, qué pesada era.

—Que me dejes en paz —dije al descolgar el móvil.

—Yo también te quiero, hija.

—Oh, mamá, lo siento. Pensé que eras otra persona.

—Sí, Beth, me lo imagino, siempre estáis igual.

—Ya, es que no sé cómo la soporto. Pero dime, ¿está todo bien?

—Sí, un poco preocupada por ti, Beth me llamó esta mañana que no sabía de ti y...

—Beth y su manía de meterse en mis asuntos. No me pasa nada, he estado con mucho trabajo, solo eso.

—Ya, por eso llevas una semana sin llamarnos a tu padre y a mí. No puedes seguir así, cariño, descansa un poco.

—Lo siento, he tenido la cabeza en otras cosas.

—En Duncan, por ejemplo —dijo con una risita.

No me lo podía creer, mataría a mi mejor amiga.

—La mataré —gemí.

—Solo está preocupada e ilusionada por ti. Pero ya sabes que no hago caso de sus locuras. Aunque dime, ¿es cierto?

—¿El qué?

—¿Por fin te has dado cuenta de que es Duncan?

—Bueno, siempre supe que Duncan es Duncan —dije con el ceño fruncido.

—Soy tu madre, Megan, conmigo no te hagas la despistada...

—Mamá, no sé qué os estáis imaginando. Duncan está pasando por un mal momento, yo quiero apoyarlo, no lo dejaré solo ahora que ha aceptado mi ayuda. Es solo eso.

—Vale, si me parece bien, es un gran hombre, solo que no ha tenido mucha suerte en la vida.

—Yo no lo veo así.

—Y tú tampoco has tenido demasiada — siguió hablando—. Me alegra que recuperéis la

amistad.

—Gracias.

—Bueno, cariño, tu padre me espera, te manda besos, por cierto.

—Muchos besos para vosotros.

—Te esperamos mañana para comer y no me falles. Ah, y ¡tráete a Duncan!

Y me colgó. Y todo el mundo me colgaba para que yo no pudiera negarme. ¿Que llevar a Duncan a comer con mis padres? En eso estaba pensando yo... No iba a ir, ya me inventaría algo.

Levanté la mirada y vi cómo, casi sin darme cuenta, había llegado a casa de Duncan. Y estaba de los nervios, qué mañana más estresante.

Y ahí estaba él, de pie en el porche, sonriéndome.

—Hola —sonreí al acercarme.

—Hola, te vi por la ventana. ¿Cómo estás?
—me señaló para que entrara y lo hice.

—Bien, vine a invitarte a comer.

—Oh, pues me leíste la mente —dijo mientras cerraba la puerta, nos dirigimos al salón y nos sentamos en el sofá—, había pensado en

invitarte yo hoy, creo que me toca.

—La verdad es que sí te toca —reí—.

¿Con qué me vas a sorprender?

—Pensaba cocinar algo, si estás dispuesta a probarlo, no soy muy manitas en la cocina. Y no sé, después había pensado...

—¿Sí? —lo animé cuando se calló.

—Me siento muy a gusto contigo, Megan, solo había pensado en pasar el fin de semana contigo. Ir al cine o algo —dijo inseguro. Ese era Duncan.

—¿En plan cita? —bromeé, poniendo cara

de horror.

— Lo siento, quizás no es una buena ida.

—Estoy bromeando, Duncan, a mí también me apetece pasar tiempo contigo —dije tímidamente.

—Oh, bien, pues esto...

—Pues sí —reí al verlo nervioso.

—¿Almuerzo, cine y cena?

—Me parece perfecto.

Nos quedamos un rato mirándonos,

nerviosos. Al final nos levantamos y nos pusimos los dos a cocinar. Noté cómo se iba relajando por momentos y eso me había sentirme bien.

Pasamos el día en su casa y, por la tarde, fuimos al cine. Elegimos una película de terror y yo chillaba mientras me agarraba a su brazo, escondiendo la cabeza en cualquier lado, y él se moría de la risa. ¿Quién me mandaba a mí ver esa clase de películas? Se titulaba *The Ring* y lo único que recuerdo es que una muerta, a la que habían asesinado en un pozo, salía del televisor arrastrándose hasta matar a sus víctimas. Es lo único que recuerdo de aquella película.

Lo bueno que tuvo es que pude agarrarme a Duncan todo lo que quise. Los gritos eran la

excusa perfecta para que yo notara su cuerpo muy cerca. Lo vi contento de protegerme. Lo vi radiante. Parecíamos una pareja de verdad, una pareja de recién casados que, sin niños, gustan de pasar el tiempo juntos viendo una y otra vez películas de amor y miedo en el sofá para luego hacer el amor en la cama o a allí mismo. Por ahora nada de eso iba a suceder. Pero estaba muy cómoda con él ahí, a mi lado, y me daban ganas de besarlo, pero no quería precipitarme.

Le recriminé más de una vez porque había puesto la maldita película. Iba a tener pesadillas durante semanas. Siempre había sido yo muy miedosa con ese tipo de películas. Recuerdo que, en nuestro pueblo, se contaban muchas leyendas y muchas historias de terror acerca de gente que

había desaparecido misteriosamente en el bosque. A mí ese tipo de cosas me hacían temblar de tal forma que abandonaba el grupo de amigos cuando veía que comenzaban a contar ese tipo de historias. Todas eran falsas. En mi pueblo, nunca se perdió nadie en el bosque.

La gente solía morir tranquila y en casa, rodeada de sus familiares y vecinos. Nunca hubo asesinos ni delitos. Era un pueblo tranquilo y, si alguien discutía, otro se encargaba de poner paz. Todo esto lo contaba a propósito de la película de terror que estaba viendo junto a Duncan y no es la primera vez que me voy por las ramas al relatar mi vida. Pero no puedo evitarlo. Tengo que decir, además, que lo que empezaba a experimentar, al tener a aquel chico tan cerca, no era solo afecto,

serenidad, sino unas ganas terribles de conocer a fondo su cuerpo.

Olía bien y la fragancia de su piel penetraba en mi interior haciéndome vibrar. ¿Me estaría enamorando de esa forma tonta con la que se enamoran las quinceañeras? No lo sé. Seguramente estaba sucediendo, pero quería pasar el tiempo junto a él, nada más. No quería que se rompiera ese momento mágico como había sucedido antes, pues a veces las reacciones de Duncan eran impredecibles.

Comimos unos perritos calientes al salir y me dejó en la puerta de mi casa.

—Gracias, Megan, me lo he pasado muy

bien.

—Yo también y no tienes nada que agradecerme, me gusta estar contigo —sonreí tontamente.

—A mí también —se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Te espero mañana, me toca cocinar.

—Aquí estaré —sonrió antes de darse la vuelta y marcharse.

Entré en casa y me acosté tras ponerme el pijama. No estaba como una quinceañera, lo mío era mucho peor... Antes de cerrar los ojos, casi se

me olvidaba. Llamé a casa de mis padres para buscar una excusa para no ir a comer.

—Mamá, mañana no podré ir a comer. Duncan me ha propuesto ir con él de picnic.

—¿De picnic, hija?

—Sí, de picnic. ¿Qué pasa?

—Que han dado lluvia para mañana.

Me había pillado, así que salí del paso como pude.

—Mamá, tiene preparada una sorpresa. Me llevará a la ciudad.

—Eso está mejor. Veo que es un chico detallista.

—Se esfuerza.

Mentí a mi madre.

No podía calificar a Duncan de una persona especialmente detallista, sino más bien atento. La que estaba siendo detallista era yo, que estaba colocando notas al pasar por su ventana todos los días.

—Bueno, hija, pásalo bien.

—Estoy muy contenta, mamá. Gracias por estar ahí siempre. Dale un beso a papá.

—De todas maneras, tenemos que hablar de ese chico más adelante.

—Ha sonado a regañina ese comentario.

—No te lo tomes así. Pero deberías saber algo que...

De nuevo, su voz se detuvo y a mí me dejó en ascuas.

—¿De qué hablas, mamá?

—Nada, hija, no me hagas caso, manías de

anciana.

—Mamá, no me dejes en ascuas.

—No es el momento, Megan. Lo hablaremos en el momento oportuno.

Nos despedimos con un simple “adiós”. Intuí a qué se refería mi madre. ¿Sabría ella algo referido al nacimiento de Duncan? Me temo que sí y el hecho de pensar en algo así me puso nerviosa. Luego, lo medité bien y quizá se refería a otro asunto que nada tenía que ver con la madre biológica de la persona que ahora estaba siendo parte importante de mi vida. No era la primera vez que mi madre se alarmaba por alguna tontería o algún rumor estúpido.

Y estaba claro que no iba a preocupar a Duncan por esas intervenciones de mi madre al teléfono.

El domingo lo pasamos en mi casa, relajados, hablando de mil cosas sobre nuestros trabajos y viendo películas o jugando a juegos de mesa. Menos mal que ya no hubo películas de terror. Lo había pasado tan mal en el cine que Duncan tuvo la delicadeza de ponerme una película de amor, una comedia romántica en la que salía Julia Roberts.

El día se pasó demasiado rápido y, cuando me di cuenta, ya era de noche. Nos despedimos con la promesa de volver a vernos y me acosté

suspirando. Miré por la ventana. Las estrellas temblaban en el cielo y una luz clara, serena, emitida por esa luna llena iluminaba tenuemente los caminos y senderos que rodeaban nuestro pueblo. Era una noche hermosa. O quizá era yo la que miraba con otros ojos la vida misma, mi vida y la de Duncan.

Qué sensaciones tan extrañas experimenta nuestro cuerpo al saber que alguien te importa. Rabia, celos, incertidumbre, atracción, felicidad. Así estaba siendo mi vida estos últimos días, nada que ver con esa monotonía de años atrás, donde estuve centrada exclusivamente en mi carrera y donde me distanciaba de esos hombres que se acercaban a mí sin otra intención que tener sexo.

¿Podía ser Duncan mi nuevo horizonte?
¿Mi nuevo futuro? ¿Era Duncan la persona con la que podría compartir mi vida y a la que dedicar mis años venideros?

Quizá me estaba precipitando. Pero estaba sintiendo cosas que nunca antes había sentido con otra persona.

Ese hombre cada vez me gustaba más, el tiempo junto a él volaba, nada era suficiente.

Y el lunes me desperté con la misma idea de seguir dejando notas en su ventana. Esa semana quería hacerlo sonreír, que se intrigara con cada nota que le ponía, así que día a día fui arriesgándome un poco más.

Lunes: “Me encanta tu sonrisa... Quiero verla todos los días”.

Martes: “Pienso en ti... Todos los días.”

Miércoles: “Ojalá estuvieras cerca de mí... Todos los días.”

Jueves: “Necesito saber de ti... Todos los días.”

Y el viernes de me fue un poco de las manos: “Te quiero en mi vida... Todos los días”.

Dejé la nota y salí corriendo, como cada mañana.

No sabía qué pensaría él de todo esto, si imaginaba que era yo o no, qué haría cuando lo supiera. Tal vez me ponía de loca o de algo peor, podía pedir una orden de alejamiento porque yo muy normal no estaba.

Pero me gustaba pensar que esperaba cada nota con intriga y, sobre todo, con una sonrisa.

Era todo lo que necesitaba, verlo sonreír.

Y así pasé la semana, con mil preguntas en la cabeza, sin saber de él en todos esos días. Así que cuando llegó el viernes por la tarde, salí corriendo de casa, ya era hora de volver a verlo.

*Si confías
en mí*

CAPÍTULO 7

Aquel viernes, pese a la ilusión que me hacía verlo, no fue un día agradable para mí en la clínica.

El señor O' Carroll vino a visitarme porque le dolía mucho el cuello. Rose le había dado cita el día anterior y, antes de hacerle pasar, ella y yo tuvimos una conversación. Debo decir que estaba contenta con aquella mujer que siempre se mostraba prudente y extremadamente sensible con los pacientes a los que atendía con cariño y

una amabilidad extraordinaria antes de entrar a la clínica.

—Megan, está el señor O' Carroll esperando. Me da mala espina.

—¿Qué sucede, Rose?

—Ayer vino con un fuerte dolor en el cuello. Lo tiene inflamado. Pero intuyo que no es una infección. Es un hombre rudo y práctico. Intente ser cariñoso con él. Nunca lo he visto enfermo y, cuando lo ha estado, él mismo se ha ayudado de hierbas y ungüentos para sanarse. Me da que es algo grave para que se atreva a pisar una clínica. Y, además, lo ha hecho solo.

—Gracias, Rose, por tus consejos.
Esperemos que no sea nada grave.

Lo estuve auscultando. Comprobé la presión arterial. Le pedí que abriera la boca y estuve inspeccionando el interior de su boca y de su garganta. El dolor provenía de un ganglio que tenía inflamado. Los síntomas no me gustaron y el tipo de inflamación no era el de una infección casual, sino que se trataba de un linfoma.

A lo largo de mi carrera, me enfrenté a numerosos diagnósticos de este tipo y era fácilmente reconocible para mí este tipo de enfermedades. No pude evitar entristecerme, aunque un tratamiento adecuado podía prolongar por unos meses, quizá más de un año, la vida de

aquel anciano al que había visto toda la vida en el pueblo cortando leña y cargando leña. No hizo falta que me andara por las ramas.

Robert O' Carroll, el bueno de Bob Smith, pudo adivinar en mi rostro que yo tenía malas noticias. Hacía dos años que había enviudado. Por suerte, sus hijos y nietos vivían en el pueblo. Habían seguido con la tradición maderera del padre y abuelo.

Fui clara porque el señor Smith me lo pidió.

—¿Qué me pasa, Megan? Por favor, dímelo.

—Bob, voy a ser clara. Es un linfoma. Es

cáncer. Debes ir al hospital a que te hagan pruebas y empieces un tratamiento. Cuanto antes, mejor. Dile a alguno de tus hijos que venga a hablar conmigo.

El anciano dejó de mirarme a los ojos y miró hacia la ventana. La luz de la mañana alumbraba su cara envejecida y llena de pequeños surcos que declaraban que su trabajo rudo y costoso en los bosques le había pasado factura a esa piel que había soportado toda clase de inclemencias meteorológicas.

—Me has pedido que fuera sincera. Nos conocemos desde hace muchos años, Bob.

—Lo sé. Eres una buena chica. Recuerdo que alguna vez me acompañaste a cortar leña junto a mis hijos.

—Sí, aún lo recuerdo, aún recuerdo alguna de esas tardes. Pero, Bob, ¿has escuchado lo que te he dicho? Mañana, te quiero en la ciudad para que te sometas a nuevas pruebas y controlen tu enfermedad.

—Megan, siento decírtelo.

—No te entiendo, Bob. ¿Qué intentas decirme?

—Siento decírtelo. No pienso hacer nada. No voy a ir a la ciudad. Tengo más de ochenta

años. He sido feliz en este pueblo, con mi mujer, en el bosque. Aquí han nacido mis hijos y se han educado. He visto a algunos de mis nietos crecer aquí también. Ahora no voy a abandonar la vida que he llevado siempre.

—Pero, Bob, no eres consciente de lo que estás diciendo. Te morirás. Debes hacer todo lo posible para alargar tu vida.

—Sé lo que me pasará, pero prefiero morir aquí, entre los míos. ¿De qué me va a servir alargar mi vida un año o unos meses? No voy a salir de este pueblo. Ha llegado mi hora y debo aceptarlo.

—Bob, haz el favor de llamar a uno de tus

hijos. Necesito hablar con alguno de ellos.

—Lo haré, Megan. Pero mi decisión está tomada. Ann murió en casa, a mi lado. Nunca fuimos a un hospital. El médico le inyectaba morfina para los dolores. Estaba desahuciada y nada iba a solucionar que marcháramos a la ciudad. Yo quiero lo mismo para mí. Quiero la tranquilidad, respirar este aire, no ser ningún estorbo.

—Bob, yo no conocí al médico que trató a tu esposa Ann, pero me estás pidiendo que me cruce de brazos cuando puedes vivir un poco más de tiempo que si te quedas quieto, sin hacer nada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Me estaba pidiendo clemencia. Me estaba pidiendo que lo dejara morir, como si su ciclo de vida hubiese llegado a su fin y quisiera morir como un árbol más, en mitad del bosque, como si quisiera unirse a esa naturaleza salvaje que él tanto había explorado y admirado.

—Me estás poniendo en apuros, Bob. Tengo que hacer todo lo posible para que sobrevivas.

—No lo quiero. Estaba esperando este momento desde hace mucho tiempo. Aunque convenzas a mis hijos, no iré a la ciudad. No voy a meterme en ninguna cama de hospital a que empiecen a manipular mi cuerpo.

—Pero...

—Eres joven, Megan, y no lo entiendes.

—Claro que lo entiendo. Pero debes ponerte en mi situación, Bob.

—Vendrá alguno de mis hijos, pero si deciden llevarme a la ciudad, me mataré antes. Juro que lo haré.

Sus palabras sonaron certeras. Había seguridad en lo que hacía y sabía que era capaz de hacerlo.

Son hombres tozudos, hombres capaces de

cumplir aquello que prometen. En aquel momento, no sabía cómo actuar. Lo más fácil para mí era mandarle calmantes y morfina para el dolor y hacer todo lo posible porque su muerte no fuese traumática. Pero estaba faltando a mi código de médico.

—Bob, haremos una cosa. Tú decides, pero deja que hable con tus hijos.

—Megan, eres una buena muchacha y te agradezco tu comprensión. Yo soy un viejo. Apenas me puedo valer por mí mismo. ¿De qué me sirve un tratamiento que puede solo prolongar unos meses mi vida? Moriré igual y no quiero hacerlo lejos de este pueblo. No quiero. Quiero morir en la cama donde lo hizo Ann y donde mis hijos y

nietos puedan despedirse de mí. Lo necesito. Es lo único que te pido.

Mi voz se puso a temblar. Estaba claro que no iba a convencerlo. No podía hacer nada que le hiciera cambiar de opinión.

—Ya te lo he dicho. Si veo una ambulancia en la puerta de mi casa, no lo dudaré. Me quitaré la vida.

—Me quieres hacer sentir culpable, Bob. Y yo solo estoy haciendo mi trabajo.

—Y lo estás haciendo bien. Solamente pretendo que escuches y comprendas a tu paciente. Te repito: mi vida ha sido una vida feliz en este

pueblo y no quiero nada más.

—Solo te digo que unas sesiones de quimioterapia podrán ayudarte a vivir un poco más.

—No quiero vivir un poco más, Megan. Ann se fue. Mis hijos y mis nietos, de los que estoy muy orgulloso, son los que tienen que vivir. Yo ya no soy necesario. En la naturaleza sucede lo mismo. Todos formamos parte de un mundo, de un universo. A veces somos demasiado egoístas.

—¿A qué te refieres, Bob?

—A veces pensamos que somos únicos, que nuestra vida nos pertenece solo a nosotros y

no es así. Pertenece al bosque, al viento, a los ríos, a la tierra. Nosotros formamos parte de un todo. Y no somos nada. Somos abono de esta tierra en la que hemos vivido felices. Si me obligas a ir a un hospital, me estás quitando ese pensamiento. Habrás destrozado en todo lo que he creído hasta ahora, Megan.

Pese a que soy médico y no creo en la trascendencia ni me he considerado nunca una persona espiritual, he de decir que aquel hombre tenía razón. Sus palabras estaban cargadas de sabiduría. Me había abierto su corazón y su idea de la vida era una visión hermosa e iluminadora, nada que ver con la visión de la vida tan consumista y materialista que corre en estos tiempos.

Aquel hombre me estaba enseñando más que lo que había aprendido a lo largo de los años en muchas asignaturas de la carrera.

Volví a fijarme en sus ojos. No eran los ojos de un hombre triste, sino los ojos de un hombre orgulloso que tenía claro en la vida qué quería hacer. Bob había pensado mucho en este momento y sabía que, tarde o temprano, llegaría. Parecía que todo lo tenía pensado, que no había otra forma de actuar que esa.

Estaba claro que no quería salir de allí, que quería morir junto a la naturaleza que él había visto, vivido y sentido desde que era pequeño.

—Bob, voy a hacer algo que nunca he hecho antes. Voy a darte medicación para el dolor, pero has de prometerme que alguno de tus hijos se pondrá en contacto conmigo.

—Te lo prometo. Y no voy a olvidar lo que estás haciendo por mí. No lo olvidaré.

—Me duele mucho hacerlo. Nunca pensé que esto llegaría a pasar.

—¿El qué? ¿Qué muriera?

—No, que me fuese a enfrentar a la muerte de muchos de mis vecinos era lo normal, pero dejar morir a alguien porque ese alguien me lo pide nunca entró en mis planes.

—Siento, Megan, que lo pienses así.

Me levanté de mi silla y lo abracé. Noté su fuerza todavía, una fuerza que le había impuesto el trabajo y el esfuerzo durante más de sesenta años junto a los árboles. En el fondo lo admiraba. Yo no sería capaz de enfrentarme a algo así con la entereza que lo estaba haciendo él.

—Megan, es ley de vida. No quiero que te preocupes por mí.

—Bob, te pido silencio. No le cuentes a nadie lo que estoy haciendo. Hablaré con tu familia y, si están de acuerdo con tu decisión, te iré suministrando medicinas poco a poco.

—No te preocupes. Nadie sabrá nada.

Nos despedimos y sentí que no había obrado bien. Pero no me quedaba otra solución que aceptar la decisión firme de Bob. Quizá estaba poniendo en riesgo mi carrera. Por esa razón, debía hablar con sus hijos.

Cuando aquel hombre abandonó la clínica, Rose entró y vio en mi cara la expresión de la derrota.

—¿Qué ha pasado, Megan?

—Tenías razón. No lo puedo curar aquí.

Necesita ingresar en el hospital, pero se niega.

—Lo siento, Megan. Es un hombre que no ha salido de aquí. Nació aquí y murió aquí. Y creo que llevará peor estar en el hospital que la propia enfermedad.

—Es lo que me ha dicho, Rose. Me da mucha pena. Me siento una inútil.

—No te pongas así. Se hace lo que se puede.

—He dicho que hablaría con los hijos para ver qué opinan. Pero me ha asegurado que, si ve entrar una ambulancia al pueblo, se quita la vida.

—¡Dios mío! Bob es capaz de hacerlo.

—Me ha dado esa impresión, así que, si los hijos están de acuerdo, tomaré yo misma una muestra de tejido y lo enviaré a analizar. Me aseguraré que he acertado con el diagnóstico y trataré de que lo que quede de vida sea lo menos dolorosa posible.

—No se preocupe. Quizá los hijos son capaces de convencerlo.

—Eso espero, Rose. Y gracias por escucharme.

—No tienes que darme las gracias. Intento ayudar en lo que puedo. Y soy feliz trabajando

aquí.

—Me alegra mucho escuchar eso.

Rose dejó mi despacho y se puso a ordenar una serie de expedientes que tenía sobre su mesa. Era una mujer entrañable y siempre me pareció una persona que se había hecho a sí misma. Durante un tiempo, estuvo ausente del pueblo para cursar sus estudios de auxiliar de clínica y enseguida volvió al pueblo a ayudar a los suyos. Fue un acierto contar con ella para montar esta clínica.

Después de aquella visita, estaba tocada. Y, aunque fui a ver a Duncan ilusionada, no podía dejar de pensar en Bob. Sufría un linfoma de

Hodkings. Siempre me pareció una paradoja que las enfermedades tuviesen el nombre de quienes las descubren y nunca de aquellos que la padecen.

Duncan me esperaba en su casa. Salí de la mía, corriendo. Y no es, en sentido figurado, salí corriendo de verdad. Necesitaba sentir mi corazón a toda velocidad, que palpitaba con fuerza, como si fuese un tambor.

Necesitaba comprobar que estaba viva y no podía borrar de mi cabeza el rostro agrietado y apenado de Bob.

Cuando Duncan me vio, notó que estaba extraña.

—¿Qué sucede, Megan?

—Nada, ¿qué me va a pasar? Estoy un poco cansada. He tenido mucho trabajo en la clínica.

—Ya, pero no es eso. Me ocultas algo.

—¿Cómo puedes saberlo, Duncan?

—Porque tus ojos no engañan. Y, si hay algo que me gusta de ti, son tus ojos.

—No te preocupes. A veces sucede que algunos problemas de los pacientes te afectan.

—Y hoy te ha pasado eso, ¿verdad?

No quería mentirle a Duncan. Debía mantener el secreto de lo que en mi consulta contaban mis pacientes.

—Duncan, sabes que, por ley, no puedo contarte nada de lo que sucede en el interior de mi clínica.

—Lo sé y no te lo voy a exigir. Pero me preocupa. Vienes sin aire y estás triste.

—Por favor, he corrido mucho. Necesitaba hacerlo. Necesitaba respirar hondo, que el aire frío entrara en mis pulmones.

—Te entiendo. Ya sabes que me puedes

contar lo que quieras. Guardaré siempre tus secretos.

—Lo sé, Duncan. Sé que puedo confiar en ti.

—¿Qué ha sucedido? Cuenta hasta donde puedas.

—Lo que me ha sucedido es que he diagnosticado un tumor que tiene muy mala pinta. Eso ha sido.

—Lo siento. Debe ser duro.

—Lo es, Duncan. Es lo peor de mi trabajo. Porque a veces no puedes hacer nada por salvar la

vida de un paciente.

—No pensemos en eso ahora. Seguro que está en buenas manos y harás todo lo posible por ayudarlo.

—Eso espero, es lo único que puedo contarte hasta este momento.

—No te preocupes. Mi trabajo es duro. Los niños agotan, pero admiro a los médicos que tienen que luchar contra la muerte. Yo no sería capaz de hacer algo así.

—Vas aprendiendo con el tiempo a superarlo. Pero, cuando no puedes hacer nada, sientes que de nada han valido todos los esfuerzos

que has hecho a lo largo de estos años estudiando Medicina.

Nos quedamos en silencio un rato. Duncan había preparado unos aperitivos, pero no me entraba nada en el estómago. El viento volvía a soplar afuera y una fina llovizna volvía a mojar los angostos senderos por los que tantas veces Bob había caminado con su carro de leña recién cortada.

—¿No quieres comer nada?

—No, Duncan. No me encuentro bien.

—¿Quieres que llame a un médico?

En ese instante, me puse a reír por el chiste que había soltado Duncan.

—Cállate. Es ansiedad. Se me pasará.

—¿Te apetece un té?

—Sí, eso sí que me apetece.

—Bueno, pues te lo hago enseguida.

Duncan se marchó a la cocina y yo, en vez de acompañarlo, empecé a husmear por su salón. Me di cuenta enseguida que, encima de la chimenea, debajo de un pequeño libro de oraciones que, seguramente, pertenecía a su madre, Duncan había guardado las notas que yo le había

ido dejando a lo largo de esos días.

Me hizo mucha ilusión que las guardara. Eso significa que le había gustado mucho y que albergaba cierta ilusión en descubrir quién era. Como he escrito anteriormente, quizá sabía que era yo. Pero prefería que fuese él el que me lo contara o me lo preguntase.

Lo que demostraba el hecho de que las hubiese guardado es que estaba feliz con aquel detalle y que, poco a poco, su vida se iba colmando de felicidad. Duncan ya no tenía nada que ver con aquel hombre triste y solitario que lloraba delante de la tumba de sus padres.

Cuando regresó con la tetera, me encontró

cerca de la chimenea. No me había visto hurgar en las notas.

—Debo decirte, Megan, que últimamente me encuentro mejor.

—¿Vas al cementerio?

—Suelo ir todos los días un rato. Pero pienso que a mis padres no les gustaría verme así, tan triste. Y, por esa razón, vuelvo más alegre. Creo que es una forma de hacerles feliz también a ellos dondequiera que estén.

—Me alegra escuchar eso, Duncan.

—Ese cambio te lo debo a ti. Últimamente

están sucediendo cosas extrañas en mi vida.

—¿A qué te refieres con cosas extrañas?

—Nada importante, Megan. Son cosas buenas. No te preocupes. Ahora la que me preocupas eres tú.

—Te agradezco que estés tan pendiente de mí. Pero se me pasará. Los diagnósticos fatales van en el sueldo. A todos los médicos se nos mueren pacientes y es algo que se asume. No queda más remedio. La naturaleza es así.

—Sí, en efecto, la naturaleza es así. Yo he visto morir a las dos personas más importantes de mi vida y eso te afecta. Pero luego te das cuenta de

que has hecho todo lo que ha estado en tu mano por hacer que su despedida de este mundo fuese digna y alegre.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Duncan?

—Sí, claro. Dime.

—¿Has vuelto a pensar en tu madre biológica?

—No. No he vuelto a hacerlo. A veces me gustaría saber quién es. Otras veces pienso que seguramente ha fallecido o que vive lejos de aquí.

—¿Sigues pensando que era alguien del pueblo?

—No quiero pensarlo, Megan. No sé si me conviene saber la verdad. Quienquiera que sea jamás me lo dirá.

—Si quieres, puedo investigarlo. Los pacientes a veces se abren y te cuentan toda clase de cosas personales de su vida.

—No lo hagas, Megan. No lo hagas. ¿De qué serviría ahora?

Nos quedamos en silencio un rato. Nos mirábamos y sonreíamos como dos adolescentes que están a punto de empezar a salir.

De repente, Duncan se levantó y puso un disco en un viejo gramófono que conservaba de su padre. Era una famosa canción de los Beatles, “Yesterday”. Me invitó a bailar y, con el silbido del viento, juntamos las manos y yo apoyé mi cabeza en su pecho. Comenzamos a movernos torpemente mientras sonaba la música.

Ayer

Todos mis problemas parecían tan lejanos

Ahora parece como si estuvieran aquí

para siempre

Oh, creo en el ayer

De repente

*No soy ni la mitad del hombre que era
antes*

*Hay una sombra que se cierne sobre mí
Oh, de pronto llegó el ayer*

*¿Por qué tuvo que irse ella?, no lo sé
No me lo quiso decir
Yo dije algo que no debía
Ahora anhelo el ayer*

Ayer

*El amor era como un juego fácil
Ahora necesito un lugar donde
esconderme*

Oh, creo en el ayer

¿Por qué tuvo que irse ella?, no lo sé

No me lo quiso decir

Yo dije algo que no debía

Ahora anhelo el ayer

Ayer

El amor era como un juego fácil

*Ahora necesito un lugar donde
esconderme*

Oh, creo en el ayer.

¿Creíamos Duncan y yo en el ayer? No lo sé. Creíamos en el presente. El ayer era nuestra infancia, nuestra adolescencia y nuestra juventud. Habíamos estado juntos, pero distantes. Tenía miedo a esa letra de los Beatles.

Pensar en el amor, pensar en el ayer,

pensar en huir, en no arriesgar, pensar en la muerte de mi paciente. Todas esas cuestiones se agolpaban en mi cabeza. Menos mal que la música amortiguaba el mensaje de la letra.

Creo que Duncan pensaba en el ayer y creo que su nueva visión ante la vida se debía a mí y a esas notas que le iba dejando cada mañana de una manera furtiva. Se hizo de noche y me acompañó a casa.

Yo estaba más animada y le agradecí que hubiese estado tan simpático conmigo. Cuando cerré la puerta de casa, mi móvil sonó. Era mi madre.

Era mi madre y su voz era la voz de una

mujer alegre. Pero, según fue avanzando la conversación, pude notar un aura de misterio en sus frases. Nunca se había mostrado así.

—¿Es verdad lo que cuentan en el pueblo?

—¿Qué cuentan en el pueblo?

—Ya sabes, hija. Que Duncan y tú sois novios.

Escuché que se reía al otro lado. Mi padre la acompañaba en aquellas risas.

—Mamá, no te rías de mí.

—Estoy feliz, Megan. Me alegro. Ya te lo

dije el otro día. ¿Vais a venir algún día a comer o a cenar a casa?

—No lo sé, mamá. Iremos. No te preocupes. A veces te pones muy pesada.

—Yo no soy ninguna pesada. Lo único que queremos papá y yo es veros juntos. Nos hace mucha ilusión. No te cuesta nada. Si vivimos a trescientos metros de tu casa, hija.

—No digas tonterías. No somos niños de instituto. No quiero presionar a Duncan.

—Pero, ¿no vais en serio?

—Mamá, por favor, deja que las cosas

vayan a su ritmo.

De repente, se hizo un silencio. Noté que el tono de voz de mi madre cambiaba y yo empecé a ponerme nerviosa como la última vez que hablé con ella por teléfono.

—Megan, no quiero influir en tu vida, pero deberías hablar con una persona si lo tuyo con Duncan va en serio.

—Mamá, la otra noche me dejaste preocupada. ¿Qué demonios sucede? Me estás asustando.

—¿Cómo se encuentra él tras la muerte de su madre?

—Ha pasado días muy malos. Últimamente está más feliz. Lo veo más optimista, pero llegó a preocuparme mucho al principio.

—Lo siento. Puedo imaginármelo.

—¿Por qué me lo preguntas, mamá? Sé que escondes algo y estás evitando decírmelo.

En aquellos momentos, no sabía si adelantarme yo y preguntarle directamente sobre el nacimiento de Duncan. Pero no quería hacerlo. Me daba miedo.

—Mamá, por favor habla.

—Deberías tomar un café tranquilamente con Rose.

—¿Qué quieres decirme?

—No puedo ni debo decirte nada. Es una amiga íntima desde hace muchos años. Pero solo te digo que, por tu bien y el de Duncan, deberías hablar con ella sobre tu relación con él.

—Mamá, puedo imaginar a qué te refieres.

—No te he dicho nada, Megan. Eres mayor y una mujer madura. Pero habla con ella. Escúchala. Y que Duncan no se entere, por favor. Es muy importante lo que te digo. Una vez que hables con ella, tú eres libre de contarle esa

conversación a Duncan.

—Estoy temblando, mamá. No sé qué hay detrás de todo, pero lo haré. Sabes que siempre te he hecho caso. Pero no sé qué decir. No me gusta ese tono misterioso que está teniendo esta conversación.

—Sabes que un padre y una madre quieren lo mejor para sus hijos. Tú lo eres todo para nosotros. Si yo te digo que hables con Rose acerca de Duncan, es porque quiero quedarme tranquila y que todo te vaya bien en la vida.

Colgué sin decir “adiós”. Estaba entre confusa y asustada. Tenía miedo, mucho miedo, a dar ese paso sin que Duncan se enterara. ¿Debía

hablar con Rose? Lo haría porque era una persona de confianza y porque mi madre me lo había ordenado. Alguna razón habría para que yo lo hiciera.

Aquella noche, para olvidar todo lo que mi madre me había dicho, preparé las notas que la semana siguiente iba a dejar en la ventana de Duncan. Me sentía ridícula al mismo tiempo que ilusionada a la hora de escribir aquellas frases.

Lunes: “Tus ojos, verdad del mundo”.

Martes: “No hay esperanza para mí hasta que apareces tú”.

Miércoles: “¿Qué es mi vida? Verte reír”.

Jueves: “Noche sin ti, ausencia de amor”.

Viernes: “Te escribo y vuelo hasta lo más alto”.

*Si confías
en mí*

CAPÍTULO 8

El fin de semana llovía a cántaros, eso por no contar el frío que hacía. No teníamos ningún plan, peor me hubiera apetecido salir un rato con Duncan.

Era domingo la noche, ya habíamos cenado, estábamos en el sofá de mi casa tapados con una manta. Habíamos pasado así el fin de semana, así que tampoco iba a quejarme mucho de la lluvia.

—A veces me gustaría vivir en un lugar más caluroso, pero después pienso en estas tierras y se me pasa —dijo él sonriendo.

—A todos nos pasa lo mismo. Pero esto tira demasiado, ¿no crees?

—Sí, tiene magia, es especial. Aunque a veces llegue a ahogarte.

—¿Por qué dices eso?

—Es todo demasiado familiar. Y cuando te sientes solo, deseas ser parte de una de esas familias, no sé si me entiendes.

—Te entiendo perfectamente. Pero algún

día tú serás una de esas familias.

—No lo creo —sonrió con tristeza.

—Eres muy negativo, Duncan.

—Soy realista. Yo no soy la clase de hombre por el que una mujer se vuelve loca. Ni con el que una mujer quiere pasar su vida.

—Vaya, suena a que has conocido a muchas mujeres —dije molesta de repente, los celos me comían.

—No, no dije eso. Pero sí observo a los otros, sí comparo y sé que yo no soy igual.

—Comparar no es bueno. No tienes que hacerlo, no tienes que parecerle a nadie. Solo sé tú.

—Pero yo no soy suficiente.

Ahí estaba de nuevo, el hombre inseguro, cómo me dolía que no se valorara, qué ciego estaba.

—Eres un hombre estupendo, Duncan, deja de decir idioteces.

—Estás enfadada —no era una pregunta, lo estaba afirmando.

—Sí, lo estoy —dije mirándolo a los ojos

—, porque me canso de oír estas cosas. Porque ere un hombre íntegro, inteligente, encantador, guapo... No tienes que creerte tan poco, deberías de empezar a creer que vales muchísimo. Más de lo que imaginas.

—A este paso voy a creerme que sientes algo por mí —se rio nervioso.

Y yo en ese momento no supe qué contestar. Que sentía algo por él... Estaba más que ciego si lo dudaba. ¿O acaso no lo demostraba?

Tampoco era el momento de decirlo, pero no podía quedarme callada.

—Quizás algo hay —dije sonrojada.

El silencio que se produjo entre nosotros pesaba. Nos mirábamos sin saber qué decir, la timidez que nos producía el momento era grande.

—No sería verdad eso... —suspiró y se levantó del sofá.

Se quedó de pie mirando por la ventana. Me levanté y me puse a su lado, los dos mirábamos la oscuridad de la noche mientras la lluvia seguía cayendo sin dar tregua.

—Yo nunca he tenido mucha suerte en el amor —no sabía bien por qué había dicho eso, pero necesitaba decirlo y, una vez que empecé, no quise parar. Noté cómo él giraba la cabeza para

mirarme, pero yo seguí manteniendo mi mirada fuera, en esos cristales que nos separaban de la naturaleza—. Siempre tuve complejos, nunca fui una chica común o normal. No me interesaban las cosas que solían interesarles a las chicas de mi edad. En algunos momentos me guardaba mi disgusto y me convertía en ellas, para sentirme integrada.

Pero no me sentía completamente llena, era como si una parte de mí se revelara y dijera: Esta no eres tú, esta no somos nosotros —sonreí—. Otras veces no presentaba batalla conmigo misma, dejaba que mi yo eligiera qué quería hacer. Y si era quedarme en casa, encerrada, simplemente viendo cómo llovía, lo hacía.

Tuve suerte en que mis padres siempre me conocieran bien y no se preocuparan en demasía

por mí, me creían demasiado inteligente.

Pero cuando ya estuve en la facultad y mis compañeras empezaron a salir con chicos, salir de una forma diferente al tonteo que puedes tener de adolescente, a mí no me interesaba y me sentía mal cuando lo hacía.

Pero no por ellos, conocí buenos hombres, si no por mí.

Yo nunca quise relaciones frívolas, siempre he sido un poco ñoña con ese tema.

Y si a estas alturas sigo soltera, supongo que es porque no he encontrado a ese hombre que cumpla mis expectativas.

O quizás lo encontré, no lo sé —lo miré fugazmente a los ojos y volví mi mirada a la ventana—. Pero lo que tengo claro es que yo sé qué tipo de hombre quiero, qué tipo de amor

merezco, ese con el que sueño, y también sé que soy diferente a los demás. Pero lucharé por sentirme completa siempre.

Porque si no puedo o no pueden darme todo lo que necesito, para eso me quedo sola.

Con esto solo quería decirte que ser diferente no es malo, siempre que tú sepas quién eres y que seas leal contigo mismo.

Lo que la gente opine de ti... ¿A quién le importa?

No es a ellos a los que tienes que demostrarles nada, eres tú el que tiene que dormir tranquilo cada noche.

¿Siendo diferente? Pues siéndolo, pero en paz.

Y me callé. Estuvimos así unos minutos

más hasta que el nerviosismo se apoderó de mí de nuevo al ver que él no decía nada.

—Lo siento.

—¿Qué sientes? —preguntó extrañado.

—Toda la tontería que te acabo de soltar, no sé por qué lo hice.

—Porque lo necesitabas. Nunca te disculpes conmigo por eso.

—Soy un poco tonta a veces.

—No me gusta que te llames así.

—A mí no me gusta que te infravalores y lo haces.

—A veces siento que te estoy haciendo perder tu vida.

—¿Qué? —no entendía a qué se refería.

—Que pierdes el tiempo conmigo, intentándolo con alguien como yo. No quiero que hagas eso, Megan.

—Yo no pierdo el tiempo contigo. Me gusta estar contigo.

—Eso no me lo creo...

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes creer que a alguien le guste tu compañía?

—A alguien no, a ti —suspiró.

—No te entiendo.

—Es complicado, quizás algún día te lo explique.

—No puedes dejarme así, Duncan. Explícate.

—Eres perfecta, Megan, y yo no soy nada.

—Deja de decir que no eres nada —dije enfadada—. ¿Es que no ves todo lo que eres para

mí?

—Ey, no llores —agarró mi cara y limpió las lágrimas de mis ojos— No me gusta verte triste y menos ser yo quien ponga esa tristeza en tus ojos.

—La pones cada vez que te veo sentirte inferior. Necesitas autoestima, Duncan.

Él limpiaba las lágrimas con sus pulgares y me miraba a los ojos.

—Quizás necesito otra cosa —susurró.

—¿El qué? ¿Cómo puedo ayudarte?

Pero Duncan no respondió, bajó la mirada

a sus dedos, ensimismado en cómo limpiaba mis lágrimas. Fue un momento bonito el verlo así.

Vi cómo dudaba en si acercarse más a mí, así que lo hice yo. Sus ojos miraron los míos unos segundos y su mirada volvió a bajar, esta vez hasta mis labios.

Los entreabrí a la vez que deseaba que se atreviera a besarme.

Cuando rozó su boca con la mía, mis labios temblaron. Fue un primer beso tierno, temeroso, con dudas.

Pero fue un primer beso perfecto. De película, de esos que te hacen sentir, de esos que te

hacen temblar, de esos que, cuando ocurren, sabes que nunca podrás olvidar. De esos que borran cualquier beso que hubiera dado anteriormente.

Separó nuestros labios y me miró a los ojos, me emocioné al ver la emoción en los suyos. Y me asustó lo que estaba sintiendo por él.

—Gracias —dijo antes de darme otro dulce beso y marcharse.

Sin más palabras, dejándome temblorosa, emocionada y temerosa.

*Si confías
en mí*

CAPÍTULO 9

Esa noche no pude dormir. Las emociones me tenían completamente nerviosa. Duncan me había besado y había sido más que perfecto.

Pero se marchó después de eso, sin una palabra más.

¿Qué pasaba ahora entre nosotros? ¿Se había arrepentido?

No, eso no podía ser.

Todo lo que le conté esa noche era verdad. Yo no era una mujer como las demás. A veces me enfadaba conmigo misma por ser tan sentimental. Esperaba un amor bonito, dulce, diferente, pero sabía que eso no era posible, la vida que teníamos convertía a la gente en autómatas, los sentimientos no eran tomados en cuenta.

Quizás por eso estaba sola, o quizás era verdad lo que había pensado más de una vez e inconscientemente esperaba a Duncan.

No lo sabía. En realidad, no sabía nada. Lo único de lo que estaba segura era de que estaba emocionada y asustada a partes iguales.

Duncan era el mejor hombre del mundo, pero tenía muchas cosas que resolver en su vida, y quizás no estaba preparado para una relación seria. Ni siquiera yo tenía que estar pensando en eso cuando solo había sido un beso. Pero no podía evitarlo, estaba enamorada de él.

Cogí las notas que tenía preparada para la semana siguiente y las releí.

Lunes: “Tus ojos, verdad del mundo”.

Martes: “No hay esperanza para mí hasta que apareces tú”.

Miércoles: “¿Qué es mi vida? Verte reír”.

Jueves: “Noche sin ti, ausencia de amor”.

Viernes: “Te escribo y vuelo hasta lo más alto”.

Eran perfectas, cursis pero perfectas. No iba a modificar ninguna. Las guardé de nuevo, me acosté y sonreí.

Ahora empezaba otra etapa, una en la que Duncan y yo estábamos más cerca, más unidos. Y yo quería que eso no parara. Tenía que confiar en él y en el tiempo, en que quizás él también pudiera enamorarse de mí.

¿Sería posible?

Tal vez sí... Tal vez no...

No lo sabía, pero yo iba a luchar por darle lo mejor de mí. Porque quería verlo feliz y eso era

lo único que me importaba en esos momentos.

Y tenía que hablar con Rose, porque lo que yo que había hablado con mi madre me había dejado más que confusa.

*Si confías
en mí*

CAPÍTULO 10

Era otro lunes. Estaba feliz. Mi vida tenía sentido al lado de Duncan, pero tenía que hablar con Rose, maldita sea. No podía dejarlo pasar. Me preocupaba que mi madre tuviese razón. ¿Qué sabría aquella mujer que podría afectar a mi vida y a mi relación con Duncan?

Estaba claro que se refería a algo relacionado con la madre biológica de la persona a la que ahora amaba con todo mi corazón. Tenía miedo de que ahora esa relación, por algún

contratiempo o por algún elemento adverso, acabara rompiéndose.

Si Rose sabía algo que podía afectar a mi vida sentimental con Duncan, era hora de saberlo antes de que avanzáramos en nuestra relación amorosa.

La mañana de aquel lunes no era luminosa. Las nubes todavía no habían descargado sobre nuestro pueblo, pero lo harían enseguida. Un cielo blanco por el que apenas se filtraba la luz cubría todo el bosque. Cuando uno vive en un lugar como este, debe acostumbrarse a esta clase de clima y acaba haciéndolo.

Y, aunque parezca mentira, comprueba que

hay algo reconfortante en este lugar y no es otra cosa que una nostalgia emparentada con la belleza de los verdes bosques que te marca desde que naces. Y eso es algo que no se encuentra en otros lugares del mundo. La verde hierba, los árboles frondosos y un aire fresco y limpio parecen transmitirte cada instante que la vida germina constantemente, que la vida como las flores nunca muere.

Hay muchas leyendas y misterios en el interior de Escocia y eso me encanta cuando salgo a caminar por los estrechos caminos y contemplo la belleza de los arroyos surcando el bosque.

Me levanté a desayunar y la vi. Ví una nota en la ventana de mi cocina y el corazón, mi

corazón, se inundó de una felicidad inmensa. Era una nota que decía.

“Eres lo que más amo”.

Abrí la ventana y la cogí cuidadosamente para que no se rasgara. Sabía que había sido él. Sin duda, había sido Duncan.

Había entrado en mi juego, un juego que recordaba a esos chicos de instituto que se intercambiaban notitas para contarse sensaciones o para relatar sentimientos personales.

No estaba asustada. Al contrario, me sentía motivada para seguir adelante, para mirar al mundo con esos ojos de luz y de claridad que,

durante tanto tiempo, tanto Duncan como yo ansiábamos.

Desayuné rápidamente y escribí una nueva nota para contestarle. Me temblaba el pulso, pero a él le encantaría leerla. Escribí que “Mi vida sin ti no tiene ningún sentido y que yo soy quien más te ama”. Cuando pasé por su casa, la pegué y salí corriendo hacia la clínica.

La alegría en mi interior me desbordaba.

El paisaje húmedo y lleno de niebla me parecía hermoso, sin embargo. Eran esas pequeñas acciones donde se demostraba nuestro amor las que merecían la pena. Todos los días de esa semana y de las siguientes me levanté con notas en

la ventana y yo, con aire infantil, respondía de la misma manera, con notable cariño y sensibilidad.

El martes comimos juntos y no dijimos nada sobre ese intercambio de notas, pero, al mirarnos en silencio, intuíamos que éramos cómplices de un juego misterioso que nos agradaba y nos hacía estúpidamente inmaduros, pero llenos de dicha. El martes leí en mi ventana: “Eres la luz que alumbra mi camino”. A lo que yo contesté, de camino a la clínica: “Y tú el refugio donde me cobijo con la lluvia”. Eran frases llenas de sentimentalismo, demasiado refinadas y dulces. Pero era una forma de decirnos que nos queríamos y así lo hicimos a partir de entonces hasta hoy.

Comimos y cenamos juntos aquella semana

como si fuésemos un matrimonio que lleva casado durante muchos años. Pero, a la hora de dormir, Duncan, como un caballero, me acompañaba hasta casa y, aunque parezca un poco antiguo, me gustaba que fuese así de respetuoso.

A mí me costaba conciliar el sueño al saber que estábamos tan cerca uno del otro, pero a la vez tan separados. Cada uno dormía en su cama y en su casa, y esa breve distancia hacía que todo fuese más excitante, al menos, para mí.

Pero aquellas pequeñas alegrías no eran la vida solamente, sino que, de repente, a aquellas diminutas gotas de felicidad se unieron otros momentos llenos de tensión y de tristeza.

Vuelvo a ese lunes que no olvidaré jamás.

Yo sabía que tenía que hablar con Rose, así que ese mismo lunes, tras dejar la nota en la ventana de la cocina de Duncan, me dispuse a entablar esa conversación que mi madre me había dicho que debía mantener con ella si quería que mi relación con Duncan se basase en la sinceridad y no en los secretos.

Iba dispuesta a hacerlo. Iba tensa, nerviosa, pero, al mismo tiempo, me encontraba feliz por todo lo que me estaba pasando al lado de Duncan. Cuando entré por la puerta, Rose estaba triste, compungida. Nunca la había visto así antes.

—¿Qué sucede? No me asustes, por favor.

—Es Bob, el señor O' Carroll. Su hijo está aquí. Será mejor que hable con él. Está dentro de la consulta.

Sin pensármelo dos veces, entré. Ví a un chico de pelo removido, no mucho mayor que yo, que estaba roto. De sus ojos no paraban de emanar lágrimas. Lo conocía desde hacía muchos años. A veces jugó con nosotros y también pescaba cerca de donde lo hacíamos mis amigas y yo.

—¿Qué pasa, Brian?

—Mi padre, Megan. Mi padre ha muerto esta noche. Se ha suicidado.

—No puede ser. Le pedí que vinierais a hablar conmigo. Necesitaba cuidados en el hospital. Tenía un linfoma y pintaba muy mal, Brian.

—No nos dijo nada. Era un hombre tozudo y se volvió más silencioso tras la muerte de mi madre. Esta mañana lo encontré en la cama. Y vi el charco de sangre y su escopeta.

Me senté. No sabía cómo encajar aquel golpe. Pero, en mi fuero interno, sabía que lo haría tarde o temprano, que aquel anciano no dudaría en hacerlo. Ni siquiera les dijo a sus hijos que estaba enfermo y que debían hablar conmigo.

—Hemos llamado a la policía. Solamente quería que lo supieras. Me encontré con Rose por casualidad esta mañana y le conté todo. Y ella me dijo que lo habías tratado, algo que me sorprendió mucho, Megan. Mi padre no creía en los médicos.

—Estaba frustrado al saber el diagnóstico. No quería pasar por el suplicio de un hospital, y...

No pude seguir hablando. Brian se acercó a mí y me abrazó. Entonces, en ese instante, comenzó a llover sobre el pueblo. Rose permanecía en el umbral de la puerta, sollozando, la buena de Rose con la que hablaría en media hora.

¿De qué había servido que Duncan me hubiese puesto una nota en la ventana? Mi felicidad se había esfumado. Menos mal que, según fue pasando la semana, todo fue diluyéndose como sucede a veces con la niebla que empuja el viento.

*Si confías
en mí*

CAPÍTULO 11

Cuando se marchó Brian, el hijo del viejo leñador, me quedé a solas con Rose. Cerré la clínica por unas horas y nos sentamos una frente a la otra dentro de mi consulta. Por mis gestos, supo que yo tenía ganas de hablar con ella y la noté incómoda enseguida.

—Rose, sabes que eres una persona muy importante para mí. Pero mi madre me ha dicho que te pregunte por Duncan, porque tú sabes algo de su vida que yo desconozco. No sé si sabrás,

Rose, que últimamente estamos saliendo juntos y tenemos un compromiso serio como pareja.

Ella bajó la mirada al escuchar mis palabras y noté que temblaba.

—Por favor, Rose, hable. ¿Qué sucede?

—Megan, no puedo contártelo. Tu madre también me ha insistido en que yo hablara contigo.

—Pues, adelante, habla.

Mi tono sonó autoritario. Además, estaba dolida al enterarme de la muerte de Bob.

—Por favor, no me obligues.

—No te estoy obligando a nada porque no sé qué demonios escondes o callas, Rose.

—No me obligues, te repito.

—Necesito que me lo cuentes. Porque, si es algo que pude afectar a mi relación con Duncan, tengo derecho a saberlo. Empecé este lunes de forma fantástica y ya la muerte de ese pobre hombre me ha dejado destrozada por completo. Rose, habla, por favor. No hagas que me enfade y te despida. Sabes que te aprecio mucho y mis padres te adoran.

Rose no contestó en ese momento en que la

forcé. Se limitó a mirar hacia la ventana. Una luz tenue alumbraba su perfil, su arrugado rostro que, ahora, reflejaba la aflicción y el dolor. Después de un rato callada, habló.

—Megan, no sé si estoy haciendo lo correcto. Pero, tanto tu madre como tú me estáis obligando a que me quite esta espina de mi corazón.

—¿De qué espina hablas? Déjate de rodeos de una maldita vez.

—Megan, escucha. Yo soy la madre de Duncan.

—No puedo creerlo, Rose. ¿He oído bien?

—Has oído bien. Yo soy su madre.

Se hizo un silencio entre nosotras. La luz tenue desapareció y el despacho de mi consulta se ensombreció. La lluvia seguía cayendo afuera, pero era como si también estuviese cayendo dentro de nuestros corazones. No sabíamos cómo reaccionar. Me invadía la sorpresa y la tristeza al mismo tiempo y, en Rose, solamente veía la certeza del arrepentimiento.

—¿Qué pasó para que abandonaras a Duncan en aquella casa?

—Me sucedió lo peor. Me violaron, Megan. Me violaron cuando me marché del pueblo

a estudiar en la ciudad. En una fiesta. Fui una estúpida y el que lo hizo un maldito canalla. Estaba bebida y no recuerdo nada. Solamente que, al poco tiempo, supe que estaba en cinta. Imagínate si mis padres se enteraran.

—Lo que te hicieron fue horrible, pero tú hiciste algo peor, Rose. No podía esperar de ti algo así.

—Nadie lamenta más lo que pasó que yo, ¿sabes?

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Una mezcla de soledad, rencor hacia sí misma y de tristeza profunda se esbozaba en aquellas facciones tensas. No me miraba. Miraba la tenue

claridad y lo mismo hacía yo.

—Tus padres lo sabían porque son mis mejores amigos. Mis padres nunca llegaron a saberlo. Y no te imaginas lo que es ver a Duncan crecer cerca de ti y no poder decir nada. Fui una cobarde. Me arrepiento enormemente de lo que hice.

—Deberías hablar con Duncan.

—No me atrevo, Megan. No me atrevo.

—No puedes dejar que él viva con ese vacío. No puedes dejar que no sepa quién es su verdadera madre.

—No me lo perdonaré, Megan.

—Eso no importa a estas alturas. Asúmelo.

Conociendo a Duncan, sabrá perdonarte.

No nos dijimos nada más. Sobraban las palabras. Mi corazón estaba lleno de sentimientos confusos y contradictorios. En menos de una hora, había sabido de la muerte del señor O ‘Carroll y había descubierto que Rose, mi queridísima Rose, era la madre biológica de Duncan.

Debo decir que el resto de la semana transcurrió, como ya he escrito, bajo la inspiración de esa felicidad que daba ver las notas de Duncan, mi nuevo admirador secreto, en mi ventana, y que yo contestaba con la misma estrategia.

Durante aquella semana, no pude evitar ver en los ojos y en el rostro de Duncan cierto parecido con el de Rose. Esperé hasta el domingo por la noche, después de sumirnos en el amor que ardía en nosotros, como las llamas de esa chimenea que calentaba nuestros cuerpos cuando estábamos a solas acostados en el suelo.

Ese domingo por la noche en que hicimos el amor por primera vez, supe que, en el sexo, no hay razón, ni fe, ni serenidad, ni orden, tan solo el instinto y la energía que viven en el interior de dos cuerpos desnudos que se atraen por el ansia amable de devorarse y de consumirse.

Esa noche de domingo en que hicimos el

amor por primera vez le dije la verdad, le dije quién era su madre.

Y él me besó en la frente. Y se vistió, y se marchó sin decirme nada. No estaba apenado, pero parecía ausente de sí mismo. Y, como temí que reaccionara de forma imprevisible, nos acompañamos durante un rato por los caminos que rodean el cementerio bajo el maravilloso cielo encendido por las estrellas.

No estaba dolido conmigo. Al contrario, sentí que estaba en paz consigo mismo y con esa naturaleza que ahora explorábamos juntos para reconciliarnos con el destino seguramente.

*Si confías
en mí*

CAPÍTULO 12

Pasaron las semanas y el juego de las notas en la ventana continuó, algo que me embargaba de alegría, pues significaba que Duncan estaba bien y que había asumido quién era su verdadera madre de la mejor de las maneras: desde la serenidad.

Una tarde que yo estaba en la clínica atendiendo a un niño con dolor de amígdalas, vi que Duncan entraba a la pequeña sala de espera. Como siempre, Rose estaba trabajando en su mesa y lo vio. Yo salí un momento a comprobar que todo

estaba bien.

Y es cierto. Todo iba bien. Mi chico estaba tranquilo y Rose, con lágrimas en los ojos, abrazó con temor a Duncan, quien ahora parecía haber encontrado el alivio al resolver uno de los grandes enigmas de su vida.

Volví a mi consulta. Dejé que hablaran. Cuando acabé con mis pacientes, vi que Rose sonreía. Una mirada tierna, a la que siempre me tenía acostumbrada, se combinaba ahora con una especie de leve sonrisa, una leve sonrisa que solo se explica en alguien que ha recibido una buena noticia que lleva esperando años.

—Rose, ¿ha ido todo bien? —pregunté en

voz baja.

—Sí, mejor de lo que yo pensaba. Hemos hablado un poco. Pero ha sido un alivio poder estrecharlo entre mis brazos. Era un bebé cuando lo abandoné, Megan —repuso ella aún temblorosa.

—No puedo imaginar cuánto habrás sufrido.

—Sí. Y todo fue por la maldita vergüenza, por no asumir que cometí un terrible error.

—No digas eso, por favor. ¡No digas eso, por favor! Un malnacido te violó.

—Pero, por entonces, en este pueblo y en

mi casa, solo iban a verme a mí como única responsable, por haber salido de esta aldea y por haber acudido a una fiesta a pasármelo bien.

—Vale, pero no te culpes, por favor.

Rose asintió y se puso a ordenar papeles. Parecía que le había quedado bien claro lo que le había dicho.

—¿Puedo preguntarte algo? —intervine con decisión.

—Sí, claro, Megan.

—¿Qué te ha dicho Duncan?

—Que me perdona, pero que debo darle tiempo a que él lo asuma —su voz volvió a temblar como si estuviera a punto de ponerse a llorar.

No quise hurgar más en la herida. El tiempo borraría todo y ahora, como en la canción de los Beatles, Duncan podría amar el ayer. Sí, en efecto, volvería a amar el ayer de sus orígenes como estaba ahora amando a una de sus amigas de la infancia.

Finalmente, con el paso del tiempo, nos dimos cuenta de que él y yo estábamos hechos el uno para el otro. Y que no había nada más que temer, y que el paisaje verde y húmedo no moriría como tampoco lo harían esas flores que escribí al

principio de todo.

Las notas en las ventanas, sobre los muebles, sobre nuestro coche, continuaron sucediéndose y aquel lugar de Escocia se volvió en una especie de sueño para mí, que ahora relato para vosotros y para no desaparecer de él, para no despertar, para ser consciente de lo que somos capaces de amar y de perder.

*Si confías
en mí*

EPÍLOGO

Miraba por la ventana de la cocina a Duncan que podaba las macetas del porche de mi casa, habían pasado dos años desde que iniciamos nuestra relación y uno desde que se vino a vivir a mi casa, los fines de semana nos íbamos a la suya, esa era nuestra vida, felizmente juntos.

Duncan era otro, su cara permanente de felicidad era el espejo de su alma, lo miraba y no podía creer la magia con la que había transcurrido todo.

Era temprano, su madre había llegado, veía cómo se saludaban cariñosamente, aunque para Duncan sus padres realmente fueron aquellos que enterró con el dolor de su alma, pero su corazón también tenía guardado una parte de él para quien, con el alma rota en mil pedazos, tuvo que abandonar a su hijo.

Los fines de semana ella siempre aparecía para desayunar con nosotros, siempre nos traía un bollo o alguna cacerola con algunos de sus exquisitos cocidos, para mí aparte de ser una compañera de trabajo, se había convertido en una segunda madre.

Les hice pasar para desayunar, ella me

abrazó con el mismo cariño que lo hacía diariamente.

—Tengo que daros una noticia —dije sonriendo tímidamente.

Duncan y Rose me miraron sorprendidos.

—Estoy embarazada, me he acabado de hacer la prueba y ha dado positivo —dije encogiendo los brazos mientras sonreía.

Vinieron a abrazarme, estaban felices por la noticia, lloramos los tres abrazados y rápidamente hablamos sobre el bebé, estábamos nerviosos, la felicidad nos invadía por completo.

—Quiero casarme contigo —dijo Duncan sin pensarlo.

—¡Acepto! — dije sonriendo mientras ellos aplaudían y se abrazaban, luego vinieron a darme otro abrazo.

—Tiene que ser pronto —recalcó Duncan.

—Por mí la semana que viene, el tiempo de comprar un traje —dije riendo.

—El mes que viene... Las cosas con tiempo que me estreso —me sonrió

—Vale, Duncan —dije mientras guiñaba el ojo a su madre que lloraba emocionada.

Los dejé hablando de los detalles de la boda y llamé a mis padres para darles ambas noticias. Si la de la boda, la primera que les dije, estaban emocionados, con la del bebé casi se ponen a chillar.

Y con Beth ocurrió lo mismo, aunque mi amiga me riñó por haberme hecho la prueba de embarazo sola y no haber esperado a que estuviera ella. Eso sin contar que quería ser la madrina, pero me parecía que tendría que conformarse con dama de honor.

Miré al frente y observé cómo Duncan hablaba con su madre. Emocionados. Eufóricos. El tiempo que llevábamos juntos había sido perfecto.

Había entendido mucho tiempo atrás que yo lo había esperado a él toda la vida. Y no me arrepentía. Estaba segura que era el amor de mi vida y que nada ni nadie nos separaría.

Sonreí feliz, había conseguido ese amor con el que tanto había soñado, y no solo eso, sino que, como suele decirse, la realidad superaba a la ficción.

Y así sería siempre...